SUR

Nº 197 Marzo de 1951

BIBLIOTECA NACIONAL ★ BUENOS AIRES ★

"The Mint"

En mayo de 1928, T. E. Lawrence escribía desde Karachi a su amigo Edward Garnett: "Le he dicho [se refiere a Lord Trenchard] que mientras yo viva no se publicará nada de The Mint; *y le he pedido a mi hermano [A. W. Lawrence], que es mi heredero, de no publicarlo hasta 1950. En esta fecha estaremos todos fuera del escenario".*

T. E. se había equivocado en lo concerniente a otros actores que él: no todos sus compañeros de la R. A. F. han desaparecido del escenario y, aunque estemos ya en 1951, The Mint *sigue oculto a los ojos del público. Sin embargo, hemos recibido autorización de publicar ocho capítulos. No es mucho, pero nos da un pregusto del libro extraordinario de que forman parte.*

The Mint *es un pequeño volumen (pequeño en relación a los* Siete Pilares*) de 250 páginas, compuesto de notas tomadas en 1923, en Uxbridge, sobre la vida de un recluta en la R. A. F. de entonces y de cartas sobre el mismo tema. Se recordará que T. E. Lawrence se alistó en la R. A. F. bajo otro nombre (J. H. Ross, para empezar, pues volvió a cambiar de nombre más tarde, cuando descubrieron su identidad y tuvo que abandonar su puesto para regresar al servicio con otro disfraz y por otra puerta) y estuvo allí y en el cuerpo de tanques desde 1922 hasta pocos meses antes de su muerte en 1935.*

Las razones por las cuales el rey sin corona de Arabia, autor de los Siete Pilares, *iba a enterrarse en las filas de la R. A. F. como simple conscripto son psicológicamente muy complicadas. Garnett ve en ello un impulso irracional de someterse a hombres que le eran evidentemente inferiores. Lawrence se daba cuenta de lo absurdo de su posición, puesto que escribía al Mariscal del Aire: "Es como poner un unicornio en un*

establo. El animal no está en su lugar". Él, sin embargo, no se daba por vencido y la experiencia acabó por procurarle cierta felicidad: la felicidad de la camaradería, la felicidad de la ayuda mutua y de la abolición de la soledad (que añoraba por momentos). En suma, como los conventos laicos no existían, la R. A. F. fué su sustitutivo. Sustitutivo por el cual se apasionó, porque amaba y comprendía el delicado funcionamiento de las máquinas y acabó por amar y comprender la ruda e inocente simplicidad de sus jóvenes compañeros de armas que le inspiraban un sentimiento como de paternal protección.

Las dificultades de la traducción de The Mint parecían a primera vista casi insolubles. Han sido parcialmente vencidas gracias a la buena voluntad y a la ayuda preciosa de antiguos miembros de la R. A. F. y otras personas familiarizadas con el argot del ejército inglés. Citemos en primer término a Bill Moody, antiguo instructor fotógrafo de Lawrence en Farnborough, con quien hemos leído y releído el texto y la traducción repetidas veces; a Lt. D. Cullen, R.E. y al W/Cdr. J. F. Grey, D.S.O., D.F.C., R.A.F. Desgraciadamente, no hemos podido como Etiemble (que ha traducido The Mint en francés para Gallimard) traducir el argot en argot. No hay sino un solo argot para los franceses de Francia. Pero el argot argentino (si lo utilizábamos) corría el riesgo de no ser comprendido en México, en España, en Perú, etc. Ni siquiera se trataba de adoptar otro argot para salir del paso, puesto que el remedio hubiera sido igualmente ineficaz. Nos hemos visto, pues, en la necesidad de adoptar términos más o menos comprensibles a todos los países de lengua española, lo que naturalmente quita mucha fuerza y color local al texto. Hasta hemos tenido dificultad en la elección de las palabrotas, tan abundantemente empleadas en el ejército y por consiguiente en The Mint, cuyos diálogos son fotográficos. Era necesario que estas palabrotas significaran lo mismo para todo el continente y para la península. Tarea abrumadora, si se quiere contemporizar con los americanismos y los españolismos a la vez.

Fuera de estos obstáculos a veces insuperables y de orden técnico, había la forma misma en que está escrito The Mint. Lawrence es siempre muy difícil de traducir, de estilo muy personal, muy "rétif", diría. Y lo es quizá más en estas notas escritas en su cama del cuartel, entre el toque de queda y el momento en que se apagan las luces. Las llama instantáneas, más que fotografías, de los lugares y personas, y es maestro en el escorzo nervioso, en la emoción disfrazada por un estilo casi telegráfico que le es propio. Cuanto más emocionado, más breve. Cuanto más tiembla interiormente, tanto más se esmera en describir con

despego minucioso un detalle exterior. Es la única forma de cobardía que le conozco. Así, en el capítulo Funeral *(que publicamos), en que Bernard Shaw vió destellos de travesura burlona y Mrs. Shaw crueldad, yo veo sobre todo una terrible piedad, enmascarada aquí por la expresión concisa de ciertos imponderables. Piedad que toma la forma de una implacable descripción de la decrepitud de la reina Alejandra. Sentimos que en esta decrepitud él ve también la suya, la nuestra, si llegamos a ese grado de vejez y la muerte no nos salva de esa miseria: "...the bird-like head cocked on one side, not artfully but by disease, the red-rimmed eyes, the enamelled face, with the famous smile scissored across all angular and heart-rending... There were the ghost of all her lovely airs, the little graces, the once-effective sway and movement of the figure which had been her consolation. Her bony fingers, clashing in the tunnel of their rings fiddled with albums..."* [1] *Evoquemos las fotografías de la reina Alejandra en todo el esplendor de su joven belleza y comparémolas con esta triste momia condenada a representar su papel hasta el último suspiro. No es sólo esta pobre reina y su perdido brillo, es usted, soy yo, somos nosotros: es la condición humana que nos anuda la garganta. Cada vez que leí en voz alta este capítulo he sentido una congoja que me quebraba la voz al llegar a ese pasaje. Sí, crueldad, como decía Mrs. Shaw. Pero crueldad de la condición humana que todos compartimos. ¡Los dedos puro hueso de la reina, perdidos en el túnel de los anillos! ¿Quién no ha visto unas manos, con o sin anillos, deformadas por la enfermedad, los años o el trabajo, descansar al fin, inertes, sobre las sábanas? ¿Quién no sintió entonces por esas pobres manos sin belleza y sin vida la más desgarradora ternura? Esta compasión que hace palidecer el corazón más que el rostro es la que Lawrence sentía y nos comunica. Poco importa que no lo diga de manera más explícita, poco importa lo que antecede y lo que sigue. Es esta ardiente reserva lo que es difícil transcribir en toda su eficacia. Estas notas escritas en una "taquigrafía emocional e intelectual" imponen una lección de paciencia al traductor más ejercitado y hábil. Si se añade algo se deforma el espíritu de la cosa; si se mantiene la brevedad, el ritmo rápido y nervioso, se corre el peligro de caer en una sequedad desabrida.*

[1] "... la cabeza de pájaro inclinada a un lado, no por coquetería sino por enfermedad, los ojos bordeados de rojo, la cara esmaltada con la famosa sonrisa estereotipada y desgarradora... Ahí estaban los fantasmas de sus encantadores donaires, de su gracia, del balanceo en otro tiempo seductor y de los movimientos de una figura que había sido su consuelo. Ahora los dedos puro hueso se entrechocaban en los túneles de sus anillos flojos; jugueteaban con álbumes..."

Traducir The Mint *es una empresa de locos. A. W. Lawrence me escribía: "Cuanto más pienso en el libro más imposible me parece de traducir". Pero era indispensable que alguien se consagrara a la tarea. Enrique Pezzoni había aceptado el acompañarme por esos senderos escarpados y llenos de maleza, en que nuestras idas y venidas han durado más de un año. Ricardo Baeza, armado de escobas y plumeros gramaticales esperaba a los viajeros, de vuelta de esta larga y penosa excursión, para una limpieza general.* Last but not least, *se lo agradecemos.*

En los cuatro primeros capítulos que siguen, vemos a Lawrence alistarse y pasar las primeras horas en el cuartel donde nadie conoce su identidad. Sólo los altos jefes de la R. A. F. sabían quién era aquel hombre con aspecto de muchacho, estatura diminuta y ojos celestes que ocupaba, silenciosamente, su lugar entre tantos otros reclutas gritones, cuya permanencia en el cuartel y en el mundo pasaría sin dejar rastros. Lawrence de Arabia se había convertido en Ross 352087, como se convertiría más tarde en Shaw 338171.

VICTORIA OCAMPO

Ocho Capítulos de "The Mint"[1]

I

OFICINA DE RECLUTAMIENTO

¡Dios santo, esto es horrible! Vacilo durante dos horas yendo y viniendo por una calle roñosa; manos, rodillas y labios trémulos, fuera de control; el corazón latiendo de miedo ante esa puertita por la que tengo que pasar para alistarme. Traté de sentarme un momento en el cementerio de la iglesia. Esto lo provocó. Ahora, a buscar la letrina más próxima. Ah, sí, claro; debajo de la iglesia. ¿Qué historia contaba Baker de la cornisa?

[1] Los primeros cuatro capítulos que publicamos a continuación pertenecen a la primera parte de *The Mint*, titulada "La materia prima"; los cuatro restantes (IX, XIV, XVII y XVIII, que es el último del libro) a la tercera, que se titula "Servicio".

Un penique; ahora sólo me quedarán quince. Vamos, limpia retretes; no me alcanza para propinas y es urgente. Llegué raspando. Mi zapato derecho se ha reventado a lo largo de la costura y a mi pantalón le crecen flecos. Una de las razones que me enseñaron que no era hombre de acción es esta rutina: el derretirse de las tripas ante una crisis. Sin embargo, ya acabamos con esto. Allá voy derechito y entro.

Todo marcha sin tropiezos hasta ahora. Nos hablan con suavidad, casi apenados. ¿Quiere pasar a la salita? [1] ¿Esperar arriba para el examen médico? "Bien". Sobre el piso, esta pirámide de ropa sudada es señal de que me precede un hombre más sucio que yo. ¿Me toca a mí? ¿Me desvisto? (Desnudos entramos en la R. A. F.) ¿Ross? "Sí, soy yo".

Hay dos oficiales.

—¿Fuma?

—No mucho, señor.

—Pues deje de fumar. ¿Entiende?

Mi último cigarrillo lo fumé hace seis meses. Bueno, para qué entrar en explicaciones.

—Nervioso como un conejo.

Los dedos duros del médico de voz escocesa martillan, martillan sobre la caja sonora de mis costillas. He de estar bastante hueco.

—Vuélvase; levántese; póngase debajo de esto; estírese cuanto pueda. Mide cinco pies seis, Mac. Pecho, digamos treinta y cuatro. Capacidad torácica, ¡caray! treinta y ocho. Con esto basta. Ahora salte; más alto; levante la pierna derecha; manténgala ahí; tosa; muy bien; en puntas de pie; extienda los brazos hacia adelante; separe los dedos cuanto pueda; téngalos así, dése vuelta; agáchese. ¡Caracoles! ¿Qué son estas marcas? ¿Castigos?

—No señor. Persuasión más bien, creo.

Cara, cuello y pecho comienzan a arderme.

—Hm... esto explica lo de los nervios.

Su voz se ha suavizado.

—No las anotes, Mac. Pon: dos cicatrices paralelas en las costillas. ¿Qué fué, muchacho?

—Heridas superficiales, señor.

—Conteste mi pregunta.

—Desgarraduras de alambre de púa, al pasar un cerco.

[1] Alusión a una *nursery rhyme* que dice: "¿No quiere entrar a mi salita?, dijo la araña a la mosca".

—Hm... Y ¿cuánto tiempo ha andado usted sin comer como es debido?

(Dios mío, nunca imaginé que se iba a dar cuenta. Desde abril me lo he pasado aceptando cuanta invitación a comer me hacían mis amigos; todas las que decorosamente podía aceptar. He rondado la entrada del Duque de York a la hora del almuerzo para ver si alguien me llevaba a su club, pues la necesidad de comer me apremiaba hasta el ahogo. Ponles buena cara; más vale).

—Los últimos tres meses, señor.

¡Cómo me arde la garganta!

—Más bien seis que tres —dijo en un gruñido.

Lo malo de mentir desnudo es que el rubor se ve de arriba abajo. Larga pausa; yo, estremecido de vergüenza. Me mira fijo tan gravemente y mis ojos se llenan de agua. (¡Cómo duele! Siento haberme metido en esto).

Al fin:

—Bueno, vístase. Su estado deja bastante que desear, pero después de unas semanas de *Depot* [1] estará usted como nuevo.

—Muchas gracias, señor.

—Buena suerte, muchacho —dice Mac.

El que hablaba más bondadosamente, gruñe.

De nuevo el mercado de verduras; no ha cambiado. Sigo temblando de pies a cabeza, pero de cualquier modo ya lo hice. ¿No hay un Fuller [2] calle abajo? Tengo casi ganas de gastarme el último chelín en una taza de café. Pasarán siete años antes de que tenga que preocuparme de ganarme la comida.

II

EL PORTÓN

Nuestro sargento, impecable, erguido en su uniforme azul sin arrugas, vaciló al salir con nosotros de la estación. El militar recela dar órdenes a gentes que tal vez las desobedezcan, porque una orden desoída desacredita a una autoridad incipiente; y los ingleses (siendo lo

[1] *Depot*: Cuartel de tránsito para la instrucción de los reclutas.

[2] Restaurant popular.

que son) se sienten ofendidos cuando se les manda, salvo si la ley o circunstancias imperiosas lo exigen. Entonces, con fingida indiferencia: "Me voy por un momento a la tienda. Ustedes, muchachos, sigan por aquí hasta que les pegue un grito". Y cruzando la calle soleada entró y salió rápidamente de la cigarrería. Supongo que durante meses ha hecho lo mismo a diario; pero no hubiese necesitado preocuparse de lo que sentían estos seis hombres tambaleantes. Avanzamos como en un sueño.

Esta calle principal de un viejo villorrio rechina de pesados tranvías con el letrero de Shepherd's Bush. Invasores. Caminamos hasta que encontramos, a nuestra izquierda, carteles anunciando ventas de terrenos y altos olmos que asoman por encima de la tapia de un parque deshecho. La lustrosa pista de asfalto brilla antes y después de esas manchas de sombra. He aquí un portón alto, con pilares de ladrillos que tienen bombas de luz encima; y junto a él un centinela azul con fusil. Momentáneamente nos acercamos unos a otros. Con la cabeza erguida, mirando fijo adelante, nuestro sargento camina a trancos por la vereda de enfrente. Las losas retumban bajo el impacto de su bastón, a cada paso.

Nuestro asfalto ablandado por el solazo se transforma en camino polvoriento. Arrastrando los pies, nuestro grupo inconexo atraviesa otro portón. La tapia es ahora empalizada y alambrado; hay hombres vestidos de kaki, lejos, en el parque. Un tercer portón. El sargento cruza hacia él adelantándose a nosotros. Con una señal del bastón hace pasar nuestra manada frente al centinela cuadrado en su garita. Nos volvemos un instante para mirar por encima de la bayoneta el camino lustroso, con su tránsito y sus gentes que pasean libremente en un mundo que hemos abandonado.

III

EN EL PARQUE

Nos dieron permiso de vagar por donde se nos antojara (portones adentro) en la quieta tarde otoñal. La abigarrada anchura de este parque deshecho, invadido por este campamento de tiempos de guerra, me atraía. Lo atravesaba la mansa curva de Park Road, el único camino asfaltado y tranquilo del campamento por estarnos prohibido. Con suavidad azul se estiraba entre el césped cortado, bajo una fila de árboles.

El parque desciende en el centro hasta los bordes desiguales de un arroyo. Las barracas escalonadas en los declives llegan hasta el valle como si se propusieran unir sus techos por encima del arroyo lleno de hojas —pero algo, quizá el húmedo y tupido pasto de las praderas bajas, se lo impide.

Me detuve en el puente, sobre el agua estancada que serpenteaba entre márgenes de juncos y digitales. De cada lado se había plantado árboles escogidos, hoy grandes. En el declive del oeste crecía la estridente actividad de unos jugadores de fútbol rojos y chocolate. ¿Tendré que preocuparme de nuevo del fútbol? Ha corrido algún rumor de esta pecaminosa miseria: juegos forzados. A intervalos la pelota rebotaba musicalmente contra los botines de los hombres o el suelo resistente; y cada tanto arrancaba al borde kaki y azul un acompañamiento vocal. Los trajes azules hacían más rosadas las caras de los que los llevaban; eran una mancha de vistosa riqueza contra los verdes y amarillos de la pendiente del valle. Otros árboles corpulentos, de cuyas ramas chorreaban sombras verdes, cerraban en torno de la cancha sus cortinas de penumbra.

La soledad peculiar de las márgenes del Pinne parecía también prohibida a las tropas: en sus sauces cantaba un coro de pájaros. De la alta aguja (allí donde se destacaba negra contra el cielo, sobre la colina, tras los techos inclinados del campamento) caía cada cuarto de hora el tañido de Westminster tocado en campanas tubulares. La suavidad de la brisa del río agregaba a sus sonidos naturales estas notas, no como un eco, sino como una gravedad y dulzura más, y las prolongaba en la distancia; distancia que la tarde cada vez más profunda y la niebla que subía del agua plateaban. El chirrido y traqueteo de los tranvías y los trenes eléctricos fuera de la empalizada, acentuaban el designio de aislamiento que había enclaustrado aquí a tantos hombres.

A la hora del té el fútbol languideció y al fin cesó. Lentamente la niebla invadió la parte baja del terreno y lentamente trepó por el pasto del declive hasta que las luces del campamento brillaron directamente sobre su mar.

IV

EL MIEDO

Después del crepúsculo, las sendas del campamento se llenaron de hombres; todos parecían amigos y cambiaban saludos de ininteligible francmasonería. Me aparté de ellos y también de la cantina, con su resplandor y sus olores promisorios. La idea de la barraca se me presentó como un refugio. Agradecido, me dirigí a ella.

Cuando abrí la puerta, la sala larga con sus luces colgantes ofrecía en verdad un refugio contra la noche. Sus colores eran alegres: paredes de un blanco primario interrumpido por pilastras de cálido ladrillo o delgados postes pintados de verde, alineados sobre el piso de cemento, entre las apretadas filas de camas idénticas cubiertas de mantas pardas. Pero no había un alma allí, y el techo parecía lleno de miradas fijas. Con vértigo avancé, bajo su vigilancia, por el camino de linóleo lustrado que se extendía como planchada negra sobre el cemento. ¿Es que el piso cabeceaba ligeramente con un subir y bajar de cubierta? ¿O era mi cabeza mareada la que daba vueltas en el atronador silencio que llenaba el espacio vacío?

Me acosté, descompaginado, en la cama que me había tocado. Por el momento, mi compañero de cama era un miedo absoluto. Los globos de luz me miraban sin pestañear; las imágenes que este mundo circundante me sugería llegaban en bandadas a mi almohada y me susurraban en cada oído que estaba intentando el más arduo esfuerzo de mi vida.

¿Podrá un hombre, herméticamente encerrado durante años, y dedicado a escudriñar con penosa reiteración su yo más íntimo para condensar sus partículas más pequeñas en un libro; podrá este hombre, súbitamente, terminar su guerra civil y vivir una vida pública, abierta para quien quiera leerla?

Accidente, hazaña y rumores (cimentados igualmente por mis amigos) me fabricaron una caparazón tal que casi me hizo olvidar la verdadera forma del animal que encierra. Entonces me deshice de ellos y de ella —de toda comodidad, de toda posesión— para hundirme rudamente entre hombres rudos y encontrarme a mí mismo para estos años de plenitud que me quedan. El miedo, ahora, me advertía que nada de mi presente habría de sobrevivir a este viaje a lo desconocido.

¿Viaje? ¡Sí! La longitud y el olor a pintura de la sala, con mucho de bodega, daban la sensación de estar a bordo, entre cubiertas. Los pilares y los tirantes de su techo bajo la dividían en casillas de establo, como las de un barco de ganado a la espera de su carga. A la espera de nosotros.

Lentamente, a la deriva, fuimos entrando los que, juntos, habíamos llegado ese día, hasta que en las camas tendidas cinco o seis muchachos se echaron, subyugados por la extrañeza y el silencio; un silencio subrayado por el lejano y amortiguado estrépito de los tranvías que circulaban por el camino del fondo. Sutilmente, nuestras presencias nos confortaron unos a otros.

A las diez, las puertas se abrieron violentamente y un torrente de otros hombres entró; nos habían precedido por algunos días y tal circunstancia les daba un aplomo externo. Luchaban con su nerviosidad metiendo ruido, hablando, tocando *Swanee River* en la armónica, dándose empujones, bromeando turbulentos. Entre el jolgorio de súbitas canciones había compases de silencio en que el hombre cuchicheaba confidencialmente con el hombre. Después, de nuevo la charla, risas simplotas, y el aparentar gran hilaridad por un mal chiste. En cuanto se desnudaron, rápidamente, para dormir, un tufo de cuerpos luchó contra el tufo de la cerveza y del tabaco por el predominio del cuarto. La batahola se transformó en trifulca: arrancarse los pantalones, darse palmadas con manos pesadas, torpes carreras de obstáculos sobre las camas que se ladeaban y se volcaban. Nosotros, los recién llegados, temblábamos de sólo pensar cómo haríamos para soportar la libertad de esta camaradería, si se dirigía a nosotros. El supuesto refugio de la barraca se tornaba libertino, brutal, estrepitoso, sucio.

A las diez y cuarto se apagaron las luces; y con su último destello los ruidos cesaron. El silencio y el miedo me invadieron de nuevo. A través de las ventanas se filtraban y cruzaban blancos rayos diagonales de los faroles de afuera. Dentro, reinaba el estupor del primer sueño, como el del embrión en la matriz. Mi espíritu observador lenta y deliberadamente se irguió y fué a rondar por el aire rayado de luz, examinando sin prisa las formas tendidas como momias en las camas angostas. Nuestra primera lección en el *Depot* había sido un sentirnos aislados de la vida. Esta segunda visión era la de nuestra semejanza, cuerpo frente a cuerpo. ¿Cuántas almas balbucientes dialogaron, aquella noche, con las vigas del techo, al comprobarlo? La mía fué presa de pánico una vez más y huyó súbitamente hacia el ataúd de su cuerpo. Cualquier abrigo era preferible a la desnudez.

La noche se arrastró. Los que dormían, una vez saciado su primer cansancio empezaron a moverse, desasosegados. Algunos murmuraban confusamente en la falsa vida de los sueños. Gemían y cambiaban lentamente de posición en sus camas, con el quejido metálico de los flejes. En el sueño, el cuerpo no descansa sin suspirar si está tendido en una cama dura. Quizá toda existencia física sea un tedioso dolor para el hombre: sólo que durante el día su alerta e inquebrantable espíritu no quiere reconocerlo.

El sordo fragor de los tranvías se agudizaba en la noche hasta el chillido cuando las veloces ruedas rechinaban en una curva. Cada dos horas, resonaba como un tic-tac sobre el empedrado la guardia de relevo que pasaba, en fila a lo largo de nuestros muros, haciendo la ronda. Sus pies rítmicos cubrían un instante el susurro de hojas amarillentas del gran castaño, el rumor de la lluvia a medianoche y el gotear monótono de la canaleta sobre la alcantarilla.

Durante dos o tres períodos de la noche, estirado en mi cama totalmente despierto y con los ojos abiertos, soporté la idea de ser otra vez uno entre muchos, después de años de soledad. La mañana asomaba amenazante, henchida del desconocido (pero, sin duda, poco envidiable) destino que nos esperaba. "De todos modos, no nos pueden matar", había dicho Clark a la hora del té. Y esto, en cierto sentido, podía resultar lo peor. Muchos hombres aceptarían sin gimoteos la sentencia de muerte para huir de la sentencia de vida que el destino lleva en la otra mano. Cuando un avión cae en picada, fuera de control, la tripulación se acurruca de miedo en sus asientos durante unos minutos que son años, esperando el choque: pero la suavidad de esa larga zambullida se prolonga hasta sus tumbas. Sólo habrá dolor, más tarde, para los sobrevivientes.

IX

FUNERAL

Fué una extraña mañana aquella en que supimos que la Reina Alejandra había muerto. La neblina que se junta aquí en las mañanas de otoño era poco espesa. Se extendía como un velo sobre la tierra, pero cuando mirábamos hacia arriba podíamos ver destellos que indicaban la presencia de un sol casi brillante sobre los aleros y los mástiles. Cuando formamos en la niebla, nuestros cuerpos se achatan. No hay

BIBLIOTECA NACIONAL

espesor, no hay sombra, no hay luces en nuestros botones lustrados. En vez, los muchachos parecen recortados en cartón gris con los bordes marcados con tintes más oscuros, allí donde las flechas de luz reflejada los dibujan.

Así estábamos, en la plaza de armas, esta mañana, mientras izaban la bandera y tocaban el saludo cotidiano al Rey. Pero después del saludo nos tuvieron en posición de firme mucho tiempo en ese silencio profundo y estremecido; el aire estaba cortante. La insignia empezó a baiar lentamente desde el asta, mientras los tambores de la banda redoblaban. Y redoblaron y redoblaron durante todos los minutos en que la bandera bajaba. Cuando llegó a media asta, las trompetas tocaron estrepitosamente el toque de silencio. Todos tragamos saliva, atorados, porque nos ardían las lágrimas en los ojos, a pesar nuestro. Al hombre lo irrita que un ruido pueda conmoverlo.

No quisieron ahorrarnos nada. Tenía que haber una ceremonia el día en que la enterraron. Nuestro capellán, el que nos inspiraba desconfianza, se lanzó en uno de sus discutibles sermones. Habló de la Reina muerta como de una Santa, como de un Modelo, no como de una desdichada y paciente muñeca. Con boca zalamera peroró sobre su belleza, la belleza que Dios, por un milagro de su bondadoso amor, le permitió conservar hasta su muerte.

Mis pensamientos volaron rápidamente hacia Marlborough House. El amarillento y descascarado portal; los criados de peluca blanca y los porteros más blancos que el polvo que llevaban en el pelo; los salones silenciosos y grandes como galpones; la alfombra espesa en que nuestros pies se arrastraban de mala gana hacia la chimenea altísima junto a la cual parecían enanos la cuchicheante Miss Knollys y Sir Dighton. Ella increíblemente vieja, marchita, cetrina; él había debido ser un hombre fornido: ahora, de su cuello paralizado colgaba sobre el pecho la gran cabeza, y la boca abierta se movía sin que se le viera ni se le oyera casi, en la espesura de la barba, más larga que el chaleco. Sir Dighton había sido condecorado en Crimea con la primera Victoria Cross; y era tan viejo, y Miss Knollys era tan vieja, que parecía una crueldad que los obligaran a quedarse siempre de pie. Cuchicheamos con ellos: todo el mundo cuchicheaba en ese osario.

Desde luego, tuvimos que esperar: es la prerrogativa de las Reinas. Cuando llegamos a su presencia, y vi esa cosa momificada, la cabeza de pájaro inclinada a un lado no por coquetería sino por enfermedad, los ojos bordeados de rojo, la cara esmaltada con la famosa sonrisa estereotipada y desgarradora, entonces casi huí de piedad. El cuerpo no

debería mantenerse vivo después que la lámpara de los sentidos se ha apagado. Ahí estaban los fantasmas de sus encantadores donaires, de su gracia, del balanceo en otro tiempo seductor y de los movimientos de una figura que había sido su consuelo. Ahora los dedos puro hueso se entrechocaban en los túneles de sus anillos flojos; jugueteaban con álbumes, plumas, fotografías, objetos que estaban sobre la mesa y la desgarradora sonrisa se clavaba en nosotros, cada vez más terrible. Pronto nos despidió.

Estos recuerdos me hicieron perder buena parte del sermón. Presté de nuevo atención y oí que el capellán contaba la historia del Príncipe Alberto Eduardo en la Cámara de los Lores, cuando advirtió a Lord Granville que no podría oír parte de su discurso porque había prometido llevar a su hijita al circo. "Éste –declamó el capellán–, éste era el cuadro doméstico y el ejemplo que el príncipe y la princesa de Gales ofrecían al pueblo que los adoraba". "¡Pelotudeces!", murmuró alguien brutalmente, detrás de mí. A los treinta y dos minutos terminó el sermón. Más redoble de tambores y toques de silencio, que esta vez no lograron conmovernos en medio de nuestra rabia. Después volvimos para almorzar.

–A las dos, estén listos para el trabajo –gritó el sargento de turno.

–Ni siquiera medio día de asueto por la vieja –gruñó Tug.

XIV

CLASES

El Ministerio del Aire reconoce una razón de ser a nuestro culto de los ingenieros técnicos, promoviendo a sargento o sargento-piloto a los mejores hombres de nuestras filas: los que tienen comprensión para el alma de las máquinas y hallan poesía en su suave latir.

Ellos forman nuestra aristocracia del mérito. Contra ellos, sobre ellos, están sus señorías, la oficialidad, cuya dignidad se debe extrínsecamente a una supuesta consagración. Cuando son espíritus enérgicos, Tims o Taffys, uno en cada pelotón, las cosas marchan bien. La lesión básica de la personalidad de cada hombre alistado lo hace reír y llorar, siempre, como un niño; rara vez lo deja equilibrado. Así la mano de un padre no nos parece incongruente ni desagradable. Y sacamos fuerzas de esta flaqueza.

Nuestra consciente inferioridad excluye a Tim de comparaciones y desafíos; pero empieza a surgir una segunda categoría de aviadores: el muchachito aprendiz. Nos molestan, porque a los hombres no les gustan los muchachitos, pero esta es una fase pasajera e inevitable. Pronto los ex-muchachitos serán la mayoría, y la R. A. F. que yo conocía será sobrepasada y olvidada. Mientras tanto, hay celos y críticas. Los aprendices llegan nuevitos de la escuela, peroradores de teorías, escritores de ensayos, con las triquiñuelas de taller de un obrero: pero nunca han trabajado de verdad en un avión de verdad; y como la realidad de una tarea trae aparejada la responsabilidad, toma en seguida un aspecto diferente y da una sensación diferente que la lección recibida en una escuela. De modo que los ponen a trabajar, un año, con los hombres. Un viejo mecánico, con años de práctica, cuyo oficio está en las puntas de sus dedos, se encuentra encargado de un muchachito principiante que gana dos veces más que él. El chico es diestro con las palabras, y ha pasado su L. A. C. [1] en la escuela; el veterano puede deletrear apenas, y será siempre un A. C. 2. [2] Enseña a los que lo aventajan en medio de mucho rezongo.

Tampoco todos los ex-aprendices facilitan la tarea de los que han de reemplazarlos. Como clase, son engreídos. Recuérdese cómo nosotros, los hombres alistados, hemos sido amedrentados. Detrás de nosotros, en nuestra experiencia de vida civil, hay la sombra de un fracaso. Hemos aprendido en carne propia que no valemos tanto como los hombres que están fuera. De modo que los oficiales, los sargentos y los cabos pueden maltratarnos, y nos someteremos; hasta los adularemos por eso mismo. Ese complejo de inferioridad no nos salvará del escozor de la disciplina (el matón encontrará siempre un pretexto para ejercer su severidad, aunque sea para amedrentarnos), pero nos da la humildad de un perro casero bajo la disciplina.

Los aviadores del futuro no serán poseídos así, cuerpo y alma, por el servicio. Ellos serán, más bien, el servicio, y lo mantendrán y mantendrán sus derechos en él, formando un solo bloque con los oficiales. Mientras que nosotros no hemos tenido derechos, salvo en el papel, y pocos. En tiempos pasados, los hombres tenían que sacarse los botines y las medias y exponer sus pies para que el oficial los inspeccionara. Un ex-aprendiz le patearía la boca al que lo sometiera a ese examen. Otro tanto ocurre con las listas de baño, un certificado del suboficial asegu-

[1] Leading Air Craftsman.

[2] Air Craftsman Second Class.

rando que uno se ha dado un baño semanal. ¡Un baño! Y otro tanto ocurre con la inspección de los equipos, de la barraca, de los efectos personales; todas son excusas para que los dogmáticos (y siempre los hay entre los oficiales) desatinen y para que los entremetidos hagan bestialidades. Se necesita mucho tacto para inmiscuirse en las cosas de un hombre pobre sin ofenderlo.

Los ex-aprendices están profesionalmente en la R. A. F. como un privilegio, haciendo de ella su hogar. Pronto, cuando empiecen a imponer su estilo de vida, los oficiales sólo entrarán en el cuarto de sus aviadores acompañados, por invitación, como convidados y la cabeza descubierta, como nosotros en el Casino de oficiales. A los oficiales no se les permitirá descartar el uniforme para la vida social, mientras el aviador permanezca en toda ocasión con su librea puesta. La era de un verdadero consorcio en nuestro arduo cometido tiene que llegar, si el progreso ha de ser duradero.

XVII

UN JUEVES A LA NOCHE

El fuego es un fuego de cocina, rojo entre la rejilla de la estufa, sin llamas ni humo. Ocho y media. Los otros diez muchachos están charlando en una bruma azulada de tabaco, dos en sillas, ocho en los bancos, esperando que yo vuelva. Después del aire limpio, el humo de los cigarrillos me dió un ataque de tos. También la velocidad de mi último remolino de millas a la luz de los faroles (la más dura prueba para un volante) me había quitado firmeza en las piernas, de modo que me bamboleé un poco.

—¿Qué pasó, encanto? —dijo Dusty, riendo entre dientes—. ¿Te ha vuelto a hacer cagar fuego la moto?

Se complacen en imaginarme haciendo locuras por los caminos. Para alimentar esta vanidad de la escuadrilla, los alegro dándoles detalles de mi carrera en competencia con el Bif.

—¿Trajiste algún comistrajo? —preguntó al fin Nigger, cuyo bolsillo está siempre demasiado desguarnecido para la cantina.

Yo sabía que algo faltaba. La excitación de la carrera final y el cansancio que empezaba a invadirme habían ahuyentado de mi memoria las valijas repletas de mi Brough. Salí de nuevo a la oscuridad, orien-

tado en el garage sin luces hasta el rincón donde mi motocicleta tenía su establo por las emanaciones de fierro caliente que salían de sus vigorosos cilindros. Clic, clic. Desaté las valijas. Y ahora vuelco su contenido ante Dusty, el despensero de la barraca. Tug trae la sartén y tiene precedencia. El fuego está justo a punto. Ruido y olor de fritura. Preparo mis dos habituales tostadas de pan con manteca.

Nigger calcula sus posibilidades:

—¿Cuánto valen los huevos? —pregunta.

Hago un cálculo relámpago: penique y medio. Bien. Elije un huevo. Las lonjas de tocino, un penique. Dos de ellas y dos salchichas, dos peniques. Hace rodar sus seis peniques a lo largo de la mesa:

—Guárdate el vuelto para la grasa —murmura.

Los otros eligen y pagan. Vender la mercadería no es ningún trabajo. Hemos organizado entre nosotros, durante todo el invierno, estas cenas escandalosas. La comida de la cantina es más cara, sin ser cara, y mucho menos sabrosa que estos productos de nuestra cosecha y de nuestra cocina. Y allí hay que hacer cola, diez minutos, para que nos sirvan de manera descomedida.

Paddy, el último que cocinó esta noche, limpia la sartén para mañana pasándole un gran zoquete del pan del rancho que se comerá después. "Recoge-grasa" le llama Tug, ridiculizándolo. Mientras tanto el fonógrafo toca jazz, para ayudar a tragar la comida. Mi cerebro está demasiado desordenado, después de la dura carrera, para estar dispuesto a oír música de cuerda, mi estupefaciente de las tardes lluviosas. Esta noche estoy amodorrado, borracho de aire. El toque de silencio nos encuentra ya deseosos de sueño. Mañana, el águila de oro pone sus huevos [1].

XVIII

INTERLUDIO

La vida de servicio enseña de esta manera a vivir ampliamente con poco. Pertenecemos a algo muy grande, que perdurará durante generaciones y generaciones de aviadores standard, como nosotros. Nuestra semejanza exterior, en cuanto al traje y al tipo, nos lo hace presente. También nuestra segregación y nuestra concentración. Nuestros grupos

[1] Día de paga.

se extienden más allá del Colegio de Cadetes, más allá de Whitewash Villas, más allá del Depot, sobre centenares de campamentos, sobre la mitad del mundo. La costumbre de "pertenecer a esto o aquello" provoca en nosotros la sensación de ser una parte de muchas cosas.

A medida que crece nuestra adhesión, nos vamos despojando de nuestra personalidad. Observen la importancia espiritual de insignificancias tales como estos *overalls* en que nos amortajamos como robots para el trabajo, a fin de convertirnos en figuras opacas sin atractivo ni particularidades, y descuidadas, descuidadas. La ropa que un tipo tiene que pagarse es una cadena para él, a menos que sea muy rico y muy gastador. Este traje de trabajo provisto por la R.A.F. no es una de nuestras menores libertades. Cuando nos lo ponemos, el aceite, el agua, el barro, la pintura, todas esas cosas accidentales, en vez de amenazarnos se convierten instantáneamente en amigas nuestras.

Han vuelto otra vez una serie de días calurosos, como si el verano temiera dejar este descolorido norte. El viento conserva su fondo frío; pero nuestro hangar cobija una tranquila media luna de asfalto y hierba, y su boca abierta es un verdadero invernáculo. Durante la tarde, ocho de los nuestros estábamos echados en el césped esperando un avión que partió para el sur, atravesando el país, y que llegará retrasado. Maravilloso este deber que tenemos de no hacer nada sino esperar hora tras hora, al calor del sol y mirando hacia el sur.

Sentíamos un contento demasiado completo para hablar, drogados con algo que iba más hondo que el contento físico. Ahí estábamos, despatarrados; una red de cuerpos; servíamos de almohadas unos para otros y suspirábamos en un feliz exceso de reposo. El sol se volcaba desde el cielo y se derretía en nuestros tejidos. Del césped sobre el cual descansaban nuestras húmedas espaldas subía un calor hermano. Nuestros huesos se disolvían para volverse parte de esta subyacente indulgencia de la tierra, cuyo misterioso pulso latía en cada estremecimiento de nuestros cuerpos. En los olores se mezclaba el soplo de centenares de acres de aeródromo con el aliento familiar y aceitoso de nuestro hangar; naturaleza y arte. El pálido mar de hierba ondulaba en olitas bajo el viento, se levantaba como verde y silbante rompiente y fluía entre las persianas de nuestros párpados calientes de sol.

Tales momentos de absorción funden la coraza de nuestra personalidad y la convierten en el hidrocarburo del ser elemental. Se presentan a menudo en la vida de servicio, por nuestro fácil abandono al bien o al mal del momento.

Los aviadores no poseen casi nada, tienen pocas ataduras, pocas preocupaciones diarias. A mí, el deber me ordena sólo que brillen los cinco botones que lleva mi chaqueta.

Los aviadores viven sin tener cuidados, ni recibir cuidados. Sus ojos ingenuos, vueltos al exterior; su vida natural; la penuria de su imaginación, que no ara ni cosecha en tierras bajas del espíritu, todo esto los expone, como suelo en barbecho, a los procesos del aire. En el verano, le pertenecemos fácilmente al sol. En el invierno, luchamos indefensos por los caminos, y la lluvia y el viento nos persiguen hasta que somos lluvia y viento. Corremos, al despuntar el día, a la pileta transparente del Colegio y nos zambullimos en el agua elástica, que se ajusta a nuestro cuerpo como una piel: y a eso pertenecemos también. En todas partes hallamos una camaradería: se acabó la soledad.

. . . . . .

No puedo escribir FINIS a este libro mientras esté sirviendo. Espero, a veces, que no lo escribiré nunca.

T. E. LAWRENCE

La Inocencia de Layamon

Legouis ha visto la paradoja de Layamon, pero no sé si lo patético. El exordio del *Brut*, redactado a principios del siglo XIII, en tercera persona, guarda los hechos de su vida. Escribe Layamon: "Hubo en el reino un sacerdote llamado Layamon; era hijo de Leovenath, a quien tenga Dios en su gloria, y vivía en Ernley, en una noble iglesia a orillas del Severn, donde era bueno estar. Dió en el pensamiento de referir las hazañas de los ingleses; cómo se llamaban y de dónde vinieron y quiénes arribaron a tierra inglesa después del diluvio. Layamon viajó por el reino y consiguió los nobles libros que fueron su modelo. Tomó el libro inglés que hizo Beda; otro tomó en lengua latina que hicieron San Albino y San Agustín, que nos trajo el bautismo; un tercero tomó y lo puso en el medio, obra de un clérigo francés llamado Wace, que bien sabía escribir y que se lo dió a la noble Leonor, reina del alto Enrique. Layamon abrió esos tres libros y volvió las hojas; con amor los miró, —¡sea Dios misericordioso con él!— y tomó la pluma

entre los dedos y escribió en pergamino y ordenó las justas palabras y de los tres libros hizo uno. Ahora ruega Layamon, por amor de Dios Todopoderoso, que quienes lean este libro y aprendan las verdades que enseña, recen por el alma de su padre, que lo engendró, y por el alma de su madre, que lo dió a luz, y por su alma, para que sea más buena. Amén". Treinta mil versos irregulares, después, historian las batallas de los britanos, y singularmente de Arturo, contra los pictos, los noruegos y los sajones.

La primera impresión, y tal vez la última, que deja el exordio de Layamon es de infinita, de casi increíble ingenuidad. Colabora en esa impresión el rasgo pueril de que el poeta diga *Layamon* y no *yo,* pero detrás de las candorosas palabras la emoción es compleja. No sólo la materia cantada sino la circunstancia algo mágica de verse a sí mismo cantándola, conmueve a Layamon; ese desdoblamiento corresponde al *Illo Virgilium me tempore,* de las Geórgicas o al hermoso *Ego ille qui quondam* que alguien antepuso a la Eneida.

Una leyenda que Dionisio de Halicarnaso recoge y que Virgilio insignemente adoptó dice que Roma fué fundada por hombres de la estirpe de Eneas, troyano que en las páginas de la Ilíada pelea con Aquiles; parejamente una *Historia Regum Britanniae* que data de principios del siglo XII atribuyó la fundación de Londres ("Citie that some tyme cleped was New Troy") a un bisnieto de Eneas llamado Bruto, cuyo nombre estaría perpetuado en el de Britania. Bruto es el primer rey de la crónica secular de Layamon; lo siguen otros, que en la literatura ulterior han conocido muy diversa fortuna: Hudibras, Lear, Gorboduc, Ferrex y Porrex, Lud, Cimbelino, Vortigern, Uther Pendragon (Uther Cabeza de Dragón) y Arturo de la Tabla Redonda, "rey que ha sido y será", según su misterioso epitafio. Arturo recibe una herida mortal en su última batalla, pero Merlín, que en el *Brut* no es hijo del Diablo sino de un silencioso fantasma de oro que su madre amó en sueños, profetiza que volverá (como Barbarroja) cuando lo necesite su pueblo. Vanamente guerrean contra él, en revueltas hordas, los "perros paganos" de Hengest, los sajones que desde el siglo V se difundieron por la faz de Inglaterra.

Se ha dicho que Layamon fué el primero de los poetas ingleses; más justo y más conmovedor es pensarlo el último de los poetas sajones. Estos, convertidos a la fe de Jesús, aplicaron a esa nueva mitología el duro acento y las imágenes militares de las epopeyas germánicas (los doce apóstoles, en uno de los poemas de Cynewulf, resisten al embate de las espadas y son diestros en el juego de los escudos; en el *Exodo,* los

israelitas que atraviesan el Mar Rojo son vikings); Layamon sujetó a ese mismo rigor las ficciones cortesanas y mágicas de la *Matière de Bretagne*. Por el tema, por buena parte del tema, es uno de los muchos poetas del ciclo bretón, un lejano colega de aquel anónimo que reveló a Francesca da Rimini y a Paolo el amor que sentían y que ignoraban; por el espíritu, es un descendiente lineal de aquellos rapsodas sajones que reservaban sus palabras felices para la descripción de batallas y que no produjeron en cuatro siglos una sola estrofa amatoria. Layamon ha olvidado las metáforas de los antepasados; en el *Brut*, ni el mar es el camino de la ballena, ni las flechas son víboras de la guerra, pero la visión del mundo es la misma. Como Stevenson, como Flaubert, como tantos hombres de letras, el sedentario clérigo se complace en violencias verbales; ahí donde Wace escribió: "En aquel día los britanos dieron muerte a Passent y al rey irlandés", Layamon amplifica: "Y dijo estas palabras Uther el Bueno: ¡*Passent, aquí te quedarás; aquí viene Uther a caballo!* Lo golpeó en la cabeza y lo derribó y le puso la espada en la boca (ese alimento para él era nuevo) y la punta de la espada se hundió en la tierra. Entonces dijo Uther: *Ahora te va bien, irlandés; toda Inglaterra es tuya. En tus manos la entrego para que te quedes a vivir con nosotros. Mira, aquí está; ahora la tendrás para siempre*". En todo verso anglosajón hay ciertas palabras, dos en la primera mitad y una en la segunda, que empiezan con la misma consonante o con una vocal; Layamon trata de observar esa vieja ley métrica, pero los octosílabos pareados de la *Geste des Bretons* de Wace —uno de los tres "nobles libros"— continuamente lo distraen con la nueva tentación de la rima y así después de *brother* tenemos *other*, y *night* después de *light*... La conquista normanda ocurrió al promediar el siglo once; el *Brut* data de principios del XIII, pero el vocabulario del poema es casi puramente germánico; no hay cincuenta palabras de origen francés en treinta mil versos. He aquí un pasaje, que apenas prefigura el idioma inglés y tiene afinidades notorias con el alemán:

And seothe ich cumen wulle
to mine kineriche
and wumien mid Brutten
mid muchelere wunne.

Son las últimas palabras de Arturo; el sentido es: "Y luego iré a mi reino y entre britanos moraré con mucho deleite".

Layamon cantó con fervor las antiguas batallas de los britanos contra los invasores sajones, como si él no fuera sajón y como si britanos y sajones no hubieran sido, desde el día de Hastings, conquistados por los normandos. El hecho es singular y permite diversas conjeturas. Layamon, hijo de Leovenath (Leofnoth), habitó no lejos de Gales, baluarte de los celtas y manantial (según Gaston Paris) del complejo mito de Arturo; su madre bien pudo ser britana. Esta conjetura es verosímil, inverificable y pobrísima; también cabría suponer que el poeta fué hijo y nieto de sajones, pero que en lo más hondo el *jus soli* pudo más que el *jus sanguinis*. No de otra suerte un argentino sin sangre querandí suele identificarse con los indios que defendían su tierra, no con los españoles de Cabrera o de Juan de Garay. Otra posibilidad es que Layamon, a sabiendas o no, hubiera dado a los britanos del *Brut* el valor de sajones y a éstos el de normandos. Los enigmas, el Bestiario y las curiosas runas de Cynewulf prueban que tales ejercicios criptográficos o alegóricos no eran ajenos a esa vieja literatura; algo, sin embargo, me dice que esta especulación es fantástica. Si Layamon hubiera pensado que los conquistadores de ayer eran los conquistados de hoy y los conquistadores de hoy podían ser los conquistados de mañana, habría recurrido, creo, al símil de la rueda de la Fortuna, que está en el *De Consolatione,* o a los libros proféticos de la Biblia, no a la intrincada gesta de Arturo.

El tema de la épica anterior lo constituían los trabajos de un héroe o la lealtad que los guerreros deben a su capitán; el verdadero tema del *Brut* es Inglaterra. Layamon no podía prever que a los dos siglos de su muerte sus aliteraciones serían ridículas ("I can not geste —rum, ram, ruf— by lettre", dice un personaje de Chaucer) y su lengua, una rústica jerigonza. No podía sospechar que sus injurias contra los sajones de Hengest eran las últimas palabras del idioma sajón, destinado a morir para renacer en el idioma inglés. Según el germanista Ker, apenas conoció la literatura cuya tradición heredó; nada supo de las andanzas de Widsith entre persas y hebreos ni del combate de Beowulf en el fondo de la ciénaga roja. No conoció los grandes versos de los que procederían los suyos; quizá no los hubiera entendido. Su curioso aislamiento, su soledad, lo hacen (ahora) patético. *Nadie sabe quién es,* afirmó León Bloy; de esa ignorancia íntima no hay símbolo mejor que este hombre olvidado, que abominó con ímpetu sajón de su estirpe sajona y fué el postrer poeta sajón y no lo supo nunca.

JORGE LUIS BORGES

Paseo

DIARIAMENTE visito calles y cafés,
y es mi paso ansioso y fugaz el que descubre
un rostro de inesperada dicha, un oscuro ademán, una mirada
que misteriosamente completa el esplendor de un recuerdo.
Hombres y mujeres que me ofrecen su compañía
sin conocer mi voz ni haber pronunciado mi nombre,
sólo porque entre ellos soy uno que celebra
cómo la vida nos reúne en una misma estación.
Ningún temor, entonces, sofoca mi soledad,
pues el odio y el amor son cosas que compartimos
en un inmemorial convite amigos y desconocidos.
Visito calles y cafés, prosigo
como un río que surca la plenitud del mar.

Los Ojos del Pródigo

EN sus manos la carta
(trazos que ha movido la nostalgia
y seguramente el sereno perdón)
parece henchida y palpitante, como algo real
repitiendo costumbres a la memoria,
rodeándola de íntimas imágenes
que el viaje devoró cuando imperó su servidumbre.

Y viene de ella una vasta inundación
de piezas habitadas y perennes
fragancias domésticas, días y noches
del pasado que colman un instante:
puertos que abandonó
porque vivir era sentirse extranjero.

En algún país ahora lee
esas líneas que no desafían ni suplican
sino que son simplemente un gesto sangrante,
una inmóvil y silenciosa reunión de cosas perfectas,
y comulgan con su soledad de pródigo
combates, dinero, fiestas, nuevos amigos,
ojos en cuyo profundo pozo líquido
un leve fulgor del pasado es su conciencia.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Reflexiones sobre la Novela[1]

Libros y público. – Novela, espacio y tiempo. – Novela policial y capitalismo.

Las observaciones que he ido reuniendo provienen, como se recordará, de haber considerado a las novelas desde el punto de vista del lector, es decir tratando de conocer su naturaleza por medio de lo que despiertan y satisfacen en nosotros y no por lo que son en sí. Este método es muy poco usual en la crítica literaria que durante siglos –desde Aristóteles a Boileau, desde Horacio a Pope– sólo se ocupó de lo que una obra, tomada aisladamente, era y debía ser, y que únicamente después de la aparición en Alemania, a fines del siglo XVIII, de la escuela histórica –para la cual los monumentos de la literatura, como las instituciones y las leyes, constituían productos sociales de una época determinada– admitió que un Sainte-Beuve o un Carlyle pudieran considerar que lo más importante en una obra literaria es el hombre que la escribió y lo que mejor permite comprenderla es el conocimiento del carácter y la vida de su autor. Este criterio, coincidiendo con la elevada valoración que el romanticismo iba a dar a la personalidad del escritor, concluyó por relegar al olvido las reglas impersonales del "arte poética" y sentar las bases de la crítica actual, unida íntimamente, como es notorio, a la biografía. No puede negarse que este aporte ha sido

1 Véase la primera parte de este ensayo en nuestro número anterior.

fecundo y que una obra adquiere una nueva dimensión cuando el análisis crítico, tal como se lo practica actualmente, descubre el hecho individual, la experiencia humana, que está detrás de ella y que es al mismo tiempo su causa, su secreto y su explicación; pero eso no impide advertir que así como, para todo el mundo, hablar es en última instancia ser oído, para el escritor escribir es ser leído, y que ese entendimiento con el lector, imprescindible para que un libro deje de ser un objeto material y se convierta en una obra literaria, revela que el público no es, como puede parecer a primera vista, una realidad ajena a la literatura, y distinta de ella, sino uno de sus elementos constituyentes. Esto es relativamente fácil de percibir en el teatro y el cinematógrafo, y basta haber pasado alguna vez, en calidad de autor, por un estreno para saber que todo espectáculo se compone de la obra, los intérpretes y el público, y que entre la obra escrita y la representada hay la misma diferencia que puede haber entre lo que dice de un paisaje una guía de turismo y el paisaje tal cual es, siempre tan imprevisiblemente distinto de su descripción. Es indudable, sin embargo, que esta verdad es mucho menos evidente en los géneros literarios en que la relación entre el autor y el público se establece únicamente por medio del papel impreso y donde, por consiguiente, ese aspecto inesperado que adquiere una obra al trasmitirse y cobrar vida sólo puede ser muy imperfectamente conocida por el escritor, que únicamente dispone para imaginarla de la opinión de sus amigos, el fallo de la crítica y los informes de su editor, es decir de una serie de datos muy indirectos, dispersos e insuficientes. Gide, en el prólogo de *Paludes*, dijo con lucidez: "Antes de explicar mi libro a los demás, espero que los demás me lo expliquen. Empezar por querer explicarlo sería restringir de entrada su sentido; porque aunque sepamos lo que quisimos decir, no sabemos si no dijimos más que eso. Siempre se dice más que ESO. Y lo que me interesa es lo que en él puse sin saberlo —esa parte inconsciente que quisiera llamar la parte de Dios. Un libro es siempre una colaboración, y cuanto más vale el libro, más pequeña es la parte del escriba y más amplio el amparo de Dios. De todo lo que nos rodea esperemos la revelación de las cosas; del público, la revelación de nuestras obras". Como se ve, hay una diferencia entre lo que estas palabras definen y lo que yo aquí he tratado de formular, ya que para Gide, desde el extremo individualismo que siempre fué su posición esencial, el público sólo es para el autor lo que el rabdomante para el manantial subterráneo, es decir un medio de revelar lo invisible, y no, como yo lo sugiero, un elemento

infinitamente más íntimo y activo. Quizás el precedente de esta idea que propongo esté en el dicho del olvidado gramático latino que un día expresó: *Habent sua fata libelli* –los libros tienen su destino–, lo que equivale a decir que el porvenir de una obra depende de sus lectores; de todos modos, pienso que si la crítica literaria, además de analizar la obra en sí, como fué su actitud clásica, y de mostrar su relación con el hombre que la inventó, tal como lo hace desde el romanticismo, estudiara el público para el cual fué escrita, nos daría una visión nueva de la literatura. No creo que existan estudios sobre lo que era el público lector en ninguna de las grandes épocas culturales, y tampoco sé si disponemos para conocerlo de datos elementales, pero muy significativos, como los que se refieren, por ejemplo, a su dimensión. ¿Para cuántos de sus contemporáneos escribieron Cervantes y Erasmo, Locke y Voltaire? En caso de que esas cifras se conocieran, aunque sea aproximadamente, es probable que asombre su exigüidad, pues una de las consecuencias más importantes, para la historia de la cultura, de la Revolución Industrial, fué la enorme ampliación del número de lectores producido por el enriquecimiento de la pequeña burguesía europea y su acceso al poder político y social. Ese cambio tan brusco de la dimensión del público lector durante el siglo XIX explica algunos fenómenos muy particulares: por ejemplo, que en un país tan culto como Francia los principales escritores de esa época –entre ellos el más gran novelista, Stendhal, y el más gran poeta, Baudelaire– hayan sido completamente ignorados por sus contemporáneos y sólo hayan alcanzado la celebridad después de su muerte, y que los que lograron la gloria en vida, como Victor Hugo, lo debieran más a la parte deleznable de su obra que a la imperecedera, y más aún a la actividad política que a la literaria. Las explicaciones que se han dado de un hecho tan singular son muy insuficientes, empezando por el supuesto de que el público prefiere por instinto lo mediocre, que la consecuencia ineludible del genio es la incomprensión y que la única defensa del escritor auténtico, desdeñado por el vulgo, está en refugiarse en un extraño habitáculo, denominado –no sé por qué, ni por quién– "torre de marfil". No hay el menor motivo, me parece, para que semejante hipótesis sea valedera; al contrario, lo general y constante en la historia es que todos los escritores que figuran en las antologías hayan conquistado la celebridad en vida, que sus coetáneos los colmaran de aplausos y honores, y la circunstancia de que para algunos, como Sócrates, esas honras consistieran en la muerte, es una prueba trágica, pero real, de que fueron célebres antes de morir. El

desconocimiento total que padecieron muchos grandes escritores franceses, desde 1830 a 1880, no es la consecuencia de una ley inmutable sino una característica local de un continente y de una época perfectamente determinados, y que únicamente puede explicarse por el cambio profundo ocurrido en el volumen del público lector durante ese período del siglo pasado. Las capas medias e ínfimas de la burguesía europea, impulsadas por el auge del capitalismo, accedieron en muy poco tiempo a un nivel de vida que en los siglos anteriores –desde el Renacimiento a la Ilustración– sólo había sido disfrutado por la *leisure class* y para la cual no estaban preparadas. Esto explica al mismo tiempo su brusco fervor por las letras y su falta de criterio literario; todo proceso de expansión, tanto de la economía como de la cultura, empieza siempre por una etapa de barbarización, que es ineludible, pero por lo general transitoria, como lo prueba el hecho de que el público francés de hoy, mucho más numeroso aún que el de hace cien años, no ha ignorado ni desdeñado a los grandes valores literarios de su tiempo. Es indudable que si Stendhal y Gérard de Nerval, Baudelaire y Rimbaud, tan desconocidos en su época, hubieran escrito en el siglo XVIII, habrían sido identificados inmediatamente por la minoría culta que en ese entonces era el único auditorio de un gran escritor, pero tampoco puede dudarse de que si hubieran vivido en nuestros días su notoriedad sería por lo menos equivalente a la que un público muchísimo mayor, pero que ha llegado a cultivarse, otorga actualmente a Proust y a Gide, a Claudel y a Valéry.

Esta cuestión no tiene, como podría parecer, un interés meramente histórico; algo muy parecido, aunque en menor grado, ocurre hoy en los Estados Unidos. Desde hace varios años, muchos escritores europeos han analizado el problema editorial norteamericano que presenta para ellos aspectos incomprensibles. No les sorprenden las cifras enormes a que llega la tirada de los autores populares, pues está en relación con el número de habitantes del país, sino la exigua cantidad de ejemplares que consiguen imprimir los escritores de primera categoría, cuyas ediciones, que proporcionalmente deberían ser cuatro o cinco veces más numerosas que las de sus congéneres europeos, son mucho menores. Esta situación, muy parecida como se ve a la que acabamos de analizar, ha dado lugar a explicaciones también muy insatisfactorias, cuando no extravagantes, pues es frecuente atribuirla a modalidades de la vida norteamericana con las cuales no tiene la menor relación. No creo, en efecto, que un ser racional pueda suponer seriamente que el uso general

de automóviles, heladeras eléctricas, máquinas de lavar y tractores agrícolas, o el consumo, por más extendido que sea, del *ice-cream* y la coca-cola –ya que de coca-cola se trata– puedan impedir la lectura de Veblen o de Henry James. Más prudente, quizás, resulte pensar que el público que requiere la literatura de primer orden no está aún suficientemente constituído en Norteamérica, como no lo estaba en la Europa del siglo pasado, pero que se halla en vías de formación, como parece sugerirlo la circunstancia de que la situación presente del escritor original en los Estados Unidos es infinitamente más favorable que la que tuvo en Europa, en la época –muy anterior a las hogueras nazis para libros y cuadros– del apogeo del liberalismo.

Puede que estas conclusiones resulten atendibles y que el método empleado para lograrlas ofrezca alguna utilidad, pero si queremos seguir aclarando cómo y por qué la literatura novelesca actúa sobre nosotros, me parece que debemos abandonar el punto de vista del lector que hemos utilizado exclusivamente hasta ahora y, usurpando en cierto modo el papel del novelista, tratar de entender lo que es una novela en sí, pues hay un momento en que el análisis de nuestras impresiones implica el del agente exterior que las provoca.

Si contemplamos esos libros, alineados dócilmente en los estantes de una biblioteca y de donde proviene una parte tan importante de nuestro pasado imaginario, no podemos sin embargo pensar que los personajes y lugares que describen es lo único que esos libros contienen, porque entonces habría muy poca diferencia entre una novela y un tratado de historia o de geografía. A nuestra memoria, sin duda, poco le preocupa que lo que le aportó la lectura sea real o inventado, y lo mismo recuerda a Don Quijote que a Carlos V, y la descripción del parque de Lady Chatterley que la de una selva del Amazonas; a pesar de eso, entre el aporte real y el inventado hay una difrencia muy grande, y es que todos los libros de historia o de geografía tienen la misma posibilidad de ser recordados, y, en cambio, hay novelas que se recuerdan y otras que no consiguen impedir que las olvidemos. Los relatos históricos o geográficos contienen de por sí un elemento que en las novelas puede estar o no estar, una tercera dimensión que el recuerdo exige para subsistir, y que proviene evidentemente de la inclusión en el espacio y el tiempo de los personajes y lugares que describen, por lo cual es lógico pensar que las novelas, para ser rememoradas, requieren a su vez un substituto literario del espacio y del tiempo, y que en llegar a crearlo consiste el arte del novelista.

El primer factor –el equivalente literario del espacio– ya lo hemos analizado al principio de estas anotaciones, y vimos que permitía proveer a nuestra mente de imágenes idénticas a las que pudieron darle la experiencia y los sentidos, lo que no sólo amplía inmensamente el paisaje en que nos toca vivir sino que, además, introduce en nuestra vida a esos compañeros invisibles que, gracias a los libros, conocimos y no alcanzamos. El otro factor –el equivalente del tiempo, es decir de la sucesión y de la continuidad– es lo que en las ficciones literarias se denomina acción o argumento.

El arte poética –esa disciplina olvidada– señaló hace siglos que un argumento se compone de exposición, nudo y desenlace. Estas palabras, cuyo significado he llegado a conocer con alguna exactitud porque hace años que escribo para el cinematógrafo, pueden ser fácilmente comprendidas si se recurre a un ejemplo, y me parece que un ejemplo muy eficaz lo ofrece el argumento primitivamente imaginado por el Abate Prevost en su *Historia de Manon Lescaut y del Caballero Des Grieux* y que tuvo tan largo destino literario, ya que después fué utilizado por Alejandro Dumas hijo, como lo declara él mismo, en *La dama de las camelias,* que luego adaptó para el teatro, y que también, según lo señala Sainte-Beuve, es el de *Carmen* de Merimée, y, a mi parecer, igualmente el de *Resurrección* de Tolstoy. De las distintas versiones de ese argumento célebre recurriré a la de Dumas, a pesar de que sea la de menor calidad, pues –sin duda por ese motivo– es la que revela con más evidencia su estructura argumental.

La protagonista de la obra es una muchacha muy atractiva, secretamente enferma de tuberculosis, y que vive del dinero de los hombres opulentos a quienes se vende. (En esto consiste la exposición). Un día encuentra a un joven que la ama, y con el cual, renunciando a su existencia lujosa, se retira a una pequeña casa del suburbio donde, por primera vez, conoce lo que es la dicha. Su felicidad dura muy poco; viene a verla el padre del muchacho y le hace comprender que está destruyendo el porvenir de su hijo; éste no podrá continuar su carrera si sigue conviviendo con ella. Margarita –es difícil olvidar que así se llama esta *Manon Lescaut* diferente pero con igual argumento– concluye por sacrificarse y, callando el verdadero motivo, abandona a su amante, quien se cree traicionado. (Y esto es el nudo.) El desprecio de Armando, la repulsión que ahora le produce su vida pasada, el amor sin esperanza que la atormenta, agravan la enfermedad de Margarita –enfermedad que, como se recuerda, era una de las premisas de la exposición– y

aquélla comprende que morirá lejos del hombre a quien, por amor, hizo creer que no amaba. Pero Armando, al fin enterado de la verdad por su arrepentido padre, llega a tiempo para reunirse nuevamente con Margarita, que, como tardía y añorada recompensa, consigue al fin morir en sus brazos. (Y éste es el desenlace, el *happy end* reclamado tan tenazmente por los empresarios de Hollywood, porque el encuentro de los amantes, aun en el umbral de la muerte, es en las ficciones literarias un final feliz que calma la ansiedad provocada en los lectores —o en los espectadores— por su separación.)

Si —después de disculparnos por haber repetido el argumento de *La dama de las camelias*— analizamos el resumen que antecede, advertiremos que de las partes que contiene, la primera, es decir la exposición, es una trampa, un mazo de naipes marcados, cuya importancia está en que condiciona el desenlace, que a su vez está condicionado por el nudo, y que el nudo —la médula de un argumento— consiste esencialmente en un conflicto. Pero es preciso subrayar que este conflicto debe tener ciertos caracteres peculiares y, en primer término, uno que comparte con los procesos judiciales: para que se produzca un pleito ante un tribunal, es necesario que las dos partes en contienda invoquen razones jurídicas atendibles; para que en las ficciones literarias un conflicto llegue a ser argumental, las pasiones encontradas deben ser válidas y los personajes en pugna, cada cual desde su punto de vista, deben tener razón. En *La dama de las camelias,* Margarita tiene razón, porque ama sinceramente a Armando, pero el padre de Armando también tiene razón, porque Margarita ha sido una prostituta . . . El lector, o el espectador, identificado con los personajes, y que por lo tanto padece el sacrificio de la protagonista y la separación de los amantes, aguarda con ansiedad el desenlace que permita su reencuentro, y en esto reside otro de los caracteres esenciales de un nudo argumental, lo que los autores anglosajones denominan *suspense,* y que no corresponde únicamente a la literatura terrorífica, pues lo requieren, aunque en menor grado, todas las formas existentes de la literatura de imaginación. El *suspense* es la condición emotiva del desenlace, la espada, apenas sostenida por una crin de caballo, que cuelga sobre el lector, convertido en Damocles, no por capricho de un déspota, sino por el artificio de un escritor. Sin esa etapa insustituíble de ansiedad, el final no sería esperado ni resolutorio, pero si el autor consigue crear en el lector ese estado de ánimo, sólo le queda encontrar un desenlace adecuado, lo cual significa que debe surgir de los elementos contenidos en el argumento; si acude para resolver el conflicto a un accidente fortuito o a un senti-

miento arbitrario de los personajes, el final carece de efecto retroactivo y no funciona, por culpa de lo que se denomina desde hace milenios *Deus ex machina*, y que es la traducción latina de una expresión de Aristóteles.

Como se ve, construir un argumento no es algo fácil; por eso es tan frecuente que los autores, desde los más grandes hasta los más insignificantes, hayan recurrido, diciéndolo o sin decirlo, a argumentos ya hechos, de los cuales dan una nueva versión. (Giraudoux, repitiendo un argumento de Plauto, denominó a su obra *Amphytrion 38*, pero no sé si en las treinta y siete anteriores incluía a algunos Anfitriones con otro título, como, por ejemplo, *El oficial de la guardia*, de Molnar, que es una variante muy ingeniosa del tema primitivo.) Pero si componer un argumento —que, como se recordará, es en la obra literaria lo que sustituye al tiempo, es decir a la sucesión y a la continuidad— requiere dones muy especiales que no todos los escritores poseen, el problema que esos dones, en el caso de que los tenga, plantean al artista, es muy agudo, pues son completamente distintos de los que exige ese otro elemento de la obra de arte —el que sustituye al espacio— y que es igualmente indispensable; sin él no se logra el relieve, la tercera dimensión, que los panoramas y personajes imaginarios requieren para ser identificados y recordados por el lector.

Esos dos elementos —el espacial y el temporal— que toda ficción literaria contiene y que corresponden a formas muy diferentes del talento creador, son contradictorios porque constituyen los dos puntos de partida, completamente opuestos, desde los cuales se puede emprender la realización de una novela. Hay, en efecto, dos maneras de hacer una novela, o una obra de teatro, y la primera consiste en crear ciertos personajes lo suficientemente verosímiles para que puedan inspirar en el lector la curiosidad o la indiferencia, el amor o el odio, situados en un paisaje igualmente recordable, y después narrar los acontecimientos que se producirían si esos personajes vivieran en realidad y estuvieran los unos en presencia de los otros. Es indiscutible que con este procedimiento —en el que los caracteres determinan la acción— han sido escritas todas las grandes novelas que conocemos; sólo así puede lograrse una obra que satisfaga en nosotros la *libido sciendi*, la pasión del conocimiento, y nos enseñe lo que es el mundo y nuestro propio yo. Pero también a eso se debe que las grandes novelas sean tan poco numerosas, porque este camino es el más difícil, y seguir el ejemplo de la vida sólo sería una ayuda para el escritor si las existencias humanas fueran

novelescas, lo que casi nunca son... Hay, sin duda, algunos destinos que tienen exposición, nudo y desenlace: César, el amo de Roma, cayendo bajo el puñal de Bruto; la reina Doña Juana, loca de amor, ambulando por los riscos de Castilla con un cadáver, y dueña al fin de su archiduque infiel y amado; José de San Martín, liberador de medio continente, sacrificándose silenciosamente en Guayaquil, y yendo a morir a Francia, olvidado y calumniado por los que liberó... Pero éstas, y muchas otras que pueden mencionarse, son a pesar de todo excepciones, y la mayoría de las vidas no pueden imitarse literariamente, porque no son argumentales y sólo se componen de una exposición más o menos prolongada, interrumpida un día, porque sí, por ese *Deus ex machina* que es la muerte. Por más relieve, pues, que tengan los personajes de una obra, si no los anima la acción novelesca, no pueden perdurar en nuestro recuerdo y quedan inertes como esos muñecos de cera que hay en algunos museos, que también tienen volumen y color, pero carecen de movimiento.

No puede sorprender, por lo tanto, que el camino utilizado generalmente por los novelistas y dramaturgos para componer una obra sea el opuesto, el que consiste en inventar primeramente un argumento y después crear los personajes que ese argumento requiere para desarrollarse. Como es de suponer, este procedimiento —habitualmente usado para llegar directamente al éxito en la novela, el teatro y el cinematógrafo— produce obras de muy inferior calidad, pues cuando se parte de la acción los personajes que intervienen no son los que hubiera elegido el autor sino los que la acción impone, y en ese espacio estrecho, con límites tan rigurosos, que es un argumento concluído, sólo caben, por lo común, personajes convencionales y de dos dimensiones, cuyo único relieve está en que todo el mundo los conoce de antemano: el pobre generoso, el rico egoísta, la madre casamentera, la tía solterona, el sabio distraído, y tantos otros igualmente estereotipados y que es ocioso seguir enumerando.

Quizás pueda ahora advertirse con claridad que esa división que establecimos —ateniéndonos exclusivamente al punto de vista del lector— entre las novelas que se leen y las que no se leen, no responde a razones misteriosas ni imprevisibles. Las novelas que el público lee espontáneamente son las que poseen un sustituto del tiempo, es decir un argumento sólido y bien construído, y, las que no lee, aquellas que no lo poseen. Pero —y esto es lo más importante— ambas categorías abarcan por igual las obras más nobles y las más superficiales, las que fueron creadas partiendo de los caracteres para llegar al argumento y

las que nacieron de un argumento que requirió ciertos caracteres. Unas y otras pueden ser logradas o malogradas, tanto las del camino difícil como las del fácil, pero las únicas que recordamos son las que tienen, muy definidamente, exposición, nudo y desenlace. Y esto es lo que explica que libros tan disímiles como *Don Quijote* y *Los tres mosqueteros* pertenezcan ante todo a una misma familia literaria: la de los *"best-sellers"*..

Si las observaciones que he venido exponiendo han merecido alguna consideración, quizás pueda entenderse ahora lo que me propuse expresar sobre la novela policial. Sin duda, en todo relato de ese tipo, lo más visible, lo que parece calificar el género, es el problema propuesto al detective y al lector y que ambos simultáneamente tratan de resolver; no obstante, creo que este elemento es accesorio; lo que nos atrae en estos libros no es lo que en ellos se dirije a la razón, lo que los vincula con el álgebra o el ajedrez, sino, por el contrario, lo que tienen en común con las otras formas, profundas o superficiales, de la literatura de imaginación. Las obras policiales, salvo rarísimas excepciones, pertenecen a una categoría muy inferior de la literatura porque no nos enseñan nada sobre los demás ni sobre nosotros mismos, escritas como están generalmente por hombres que carecen de esa visión aguda y personal de la vida que es el atributo y el privilegio de los artistas originales, y también porque, para escribirlas, siempre se parte de la acción y no de los caracteres. Esto no significa que dejen de ser típicas expresiones del género novelesco —que sean ante todo novelas—, como lo prueba la forma en que actúan sobre el público, que solamente se interesa en ellas cuando contienen lo que hemos llamado el sustituto literario del espacio y del tiempo. Para que una novela policial sea atractiva, es necesario en primer término que su autor posea el don, esencialmente novelístico e independiente de toda superioridad intelectual, de crear un mundo ficticio que el lector pueda recordar sin embargo como si lo hubiera conocido, y de poblarlo, además, con personajes igualmente visibles para la imaginación del que lee. Pero esto, que es lo primero, no es como vimos lo más importante; lo esencial en toda novela es que esos personajes estén animados por un argumento, para que el lector, que se identifica con ellos, pueda participar de sus vicisitudes con la parte de sí mismo que no ha expresado ni saciado en la vida real. El argumento de una novela policial —aunque no se advierta

a primera vista– no difiere para nada, en cuanto a su estructura, del de las demás novelas; se compone igualmente de exposición, nudo y desenlace. Lo único que lo distingue –y la diferencia es por cierto muy significativa– es que el *suspense* es en ella mucho más activo e importante, debido al sentimiento que peculiarmente conmueve. En la generalidad de los casos, el anhelo insatisfecho del lector al cual acuden las novelas es el amor, la voluntad de poder o el deseo de una vida diferente, y por eso la espada de Damocles argumental nos amenaza cuando creemos que los amantes no volverán a reunirse, como en *Manon Lescaut;* o cuando tememos que a Julien Sorel, en *Rojo y Negro,* pueda perderlo irremediablemente la ambición; o cuando empezamos a advertir que Emma Bovary, en la obra de Flaubert, nunca podrá evadirse de su opaco destino... Pero las novelas policiales –y en esto reside a mi modo de ver su característica esencial– se dirigen casi exclusivamente a un sentimiento más primario y confuso: el temor. El hombre de hoy, tan principalmente urbano, es el heredero de aquel burgués medieval que al proteger su incipiente ciudad con muros inexpugnables inició su larga lucha histórica para lograr una civilización fundada en la seguridad, y aunque quizá sea exacto que asistimos actualmente al ocaso de la era burguesa, tal cosa no implica que el habitante de las ciudades haya fracasado en su intento; por más que hoy lo amenace la bomba atómica, su nivel de seguridad es infinitamente mayor que el de su congénere de la Edad Media, aguardado día a día por la peste o el hambre. El temor original subsiste sin embargo en el hombre contemporáneo y, a medida que las circunstancias lo van protegiendo, encuentra, para el más arcaico de sus instintos, nuevas incitaciones que sus remotos antepasados no hubieran imaginado. Yo creo que la novela policial pertenece a ese género de estímulos, y que el sentimiento que despierta y sobre el cual actúa es el miedo, el miedo que una organización social, protectora, deja vacante en el lector actual, opinión que parecería confirmada por el hecho de que sean los anglosajones los cultores casi exclusivos de ese género literario. Resulta por cierto muy revelador que los países donde la novela policial alcanza mayor difusión sean precisamente aquellos donde el ciudadano medio goza de mayores garantías individuales y del más alto margen de seguridad colectiva, y de que no haya noticia de que se escriban o lean obras detectivescas en las regiones del mundo donde el hombre –no por propia voluntad sino por la barbarie del medio– debe aún "vivir peligrosamente", ni tampoco en aquellas donde la evolución de las instituciones y la abolición de la libre empresa, erigiendo el poder político o la complicidad

con el poder político, en la única posibilidad de subsistir que le queda al individuo, producen, por regresión, el retorno a la violencia y al temor primitivos. Es sintomático que un género cuyo tema principal son los delitos contra la vida y la propiedad prospere principalmente en el clima del liberalismo político, es decir en un régimen fundado en el respeto de la vida y de la propiedad, de modo que –y vaya la suposición como final de estas reflexiones– es muy posible que si continúa en el mundo la tendencia hacia formas cada vez más socializadas de la organización política y económica se produzca –lo que indudablemente no constituiría una pérdida muy grave– la desaparición del género policial, que quedaría en la historia de la cultura como una expresión literaria típica del extinguido capitalismo liberal.

LUIS DE ELIZALDE

NOTAS

Libros

GUIDO PIOVENE: *Piedad contra piedad* (Emecé, Buenos Aires, 1950).—

El mundo está lleno de piedad. Por eso es un mundo de asesinos". He aquí la tesis alrededor de la cual Guido Piovene, el autor de *Lettere di una novizia* y *La gazetta nera,* ha hecho girar las vidas infortunadas de Lucas, Ana, Rigo, Julio, Atilio, etc., especies de entes teóricos, oscuros filósofos cuyas ideas, expuestas en densos y dilatados diálogos, se resuelven en el reclamo de un sufrimiento lustral cada vez más profundo y desgarrador. En puridad de verdad, la trama novelesca de *Piedad contra piedad* —resentida en muchas ocasiones por el peso conceptual que la colma— está formada por un conjunto de narraciones independientes hábilmente enlazadas que sirven de pretexto al autor para insistir, a cada paso, en la interpretación de la existencia que resume la frase citada arriba.

Los personajes de *Piedad contra piedad* recuerdan hechos de sus miserables vidas, se apoyan en ellos, los remueven no sin cierta complacencia y, cotejándolos dolorosamente, concluyen por señalar el sentimiento de piedad consigo mismos y con los demás que los mueve como la clave de las violencias desatadas sobre el hombre: la soledad, el desamor, la pobreza, la persecución, el crimen, la guerra. Se trata de víctimas que se han replegado hacia un punto desde el cual es imposible partir en ningún sentido. *Indifferenti* que son, lo que piensan y lo que dicen es meramente una reflexión taciturna. Todos, Lucas y los demás, proclaman el triunfo del dolor y el hambre como solución del estado en que existen. Entre las ruinas materiales de sus ciudades, campean como ruinas morales estas almas tristes, apagadas, muertas. Habrá que repetirlo una vez más: un mundo sin héroes.

Los acontecimientos de esta novela de Piovene no son contemporáneos a la narración. La técnica, de esta suerte, consiste en mostrar sucesos consumados en los cuales los personajes que los evocan se miran como sus simples efectos. Quizás ésta es la razón de que nos parezcan tan rígidos, tan estáticos. En el fondo no son otra cosa que denuncias implacables, acusaciones a una época negra en la que el hombre extremó, ganado por un rencor ilimitado, su naturaleza

bestial. "Al tiempo en que fué escrita (los meses de la ocupación enemiga) hay quizá que atribuir en parte —dice el autor— la acritud de esta acusación contra el *moi haïssable* que se confunde con la acusación a todo un mundo que debe morir, sobre todo porque quiere morir a toda costa."

S. S. B.

EDUARDO MALLEA: *Los enemigos del alma* (Sudamericana, Buenos Aires, 1950).—

Pero, de cada uno de nosotros, nadie de fuera conoce hasta su fondo el paisaje secreto", acota Mallea en una de las páginas de *Los enemigos del alma.*

Como una larga voz corre por toda la novela este río profundo, sobrecogedor. Ninguno de los personajes, y menos todavía aquellos que asumen de modo principal las ofrendas básicas del universo —el demonio, la carne, el mundo— evaden esa sentencia. Cogidas en la red de ese conocimiento, lanzadas por el agua del destino hacia provincias de maldición, huyendo siempre de cuanto las rodea, ocultando tras el escudo de la incomodidad los secretos inviolables y violadores que las embargan, todas y cada una de esas minuciosas encarnaciones del alma humana tratan de esconder el enigma de su "hacer" en la tierra, la justificación de sus destinos.

Mario Guillén, arrojado sobre la vida con una angustia sistemática, que a toda costa procura hurtar a los ojos de los "otros", nunca se permite un momento de debilidad, salvo aquel minuto en que, luego de la orgía brutal, escapa con la humilde Ida hacia Ingeniero White, borracho y triste, para tenderse entre los silos, sobre las piedras, a descansar. ¿A descansar? ¿De qué? De sí mismo, de la desesperación devoradora, temporal, que lo sacude continuamente. Y cuando se acuesta sobre el pavimento, en la cerrada noche portuaria, cerca de los elevadores, es como si el secreto que lleva dentro pugnara por salir, por crucificarlo, por volcarlo hacia ese mundo que desprecia, que ama, no porque sea verdaderamente una proyección suya, sino porque él ha puesto en el mundo el testimonio de su angustia, de su secreto, y sabe que éste no lo puede salvar, pues a fuerza de creer en él, concluye por arrasar la visión ofrecida por el mundo. Y Cora, sensualidad vitanda y buscadora, llevando en sí idéntica víbora sentenciosa, pero acurrucada en otro fondo de tinieblas, donde el mundo actúa como mentor de ese mismo secreto, para de este modo aquietarlo, adormecerlo, e impedir que, al verterse sobre la tierra, extravíe esa alma que tanto y tan inembargablemente le incumbe. De verdad, es la única que peca sin saberlo, con una caída tácita, dada en forma natural, y con un sosiego grisáceo. Y luego, Débora, la terrible,

impaciente, calumniosa, sumergida en el resentimiento más feroz, negando el saludo a las cosas y a los seres, afirmando su vida por el recurso de su secreto, acunándolo con la fruición de algo inefable, como si presintiese que la cesión del mismo fuese capaz de producir el rompimiento íntegro de su existencia. Así sucede. Pues no otra cosa que obedecer a la voz de su secreto, más poderoso que ella, que todo cuanto la circunda, que cuanto acaecer la sostiene, es lo que la empuja a la destrucción de Villa Rita, pues sabe que "Adonde vayas, irás con ellos, con la casa". Esto es, con el secreto, con esa llama deslumbradora que, al final, termina por apresarla y calcinarla, sacramente.

Ahora bien: la vibración que acompaña el fluir de *Los enemigos del alma* yace en esto: en un secreto. Y la factura de un secreto, cuando no puede surgir, cuando no puede brotar, se resuelve en un desbaratamiento de la fábrica del universo, en su frustración. Lo que demuele al orbe es el secreto, ya que éste es la disquisición de nuestra temporalidad en torno a nosotros, alrededor de nuestros valores con relación a aquellos sustentados por los demás. Pero quienes llevan en sus almas – no circunscribiéndonos a la encarnación de tres ubicaciones de orden universal, como acontece en *Los enemigos del alma,* sino aproximándose a una universalidad mayor, que es la del ser, la del hombre –la gravidez de un rumor que, a medida que crece, dictamina el "hacer" del cosmos, acaba, decimos, por deformar a éste, por desvirtuarlo. Pues todos los agonistas de esta novela de Mallea son únicamente reflejos de la temporalidad mundial, del mundo que "ha sido destruído" para reafirmar los términos de la propia abolición. Y ésta, al trabajar sobre ruinas, lo efectúa sobre debilidades, rebajadoras de la cara materia del hombre. Y esta posición respecto del concepto del tiempo, este enfoque tan angular de lo que es el tiempo "humano" –por otra parte, tan contemporáneo– a través de tres negaciones del alma y tres afirmaciones del orbe –el demonio, el mundo, la carne– nos parece un apartamiento de lo que el ser alimenta en el sentido de la fe, en el rumbo del coraje, en el encuentro con su esperanza. Declinaciones, tensas declinaciones del hombre, de lo que éste posee de valiente y buceador de penurias. Pues si todos guardamos un secreto y todos representamos una enemistad hacia el alma, todos, a la vez, como no sea admitiendo calidad de presuicidas, no nos afirmamos sobre un secreto, sino hacemos lo inimaginable para desasistirlo, para anularlo en lo que tiene de verdugo y utilizarlo como un arma de rompimientos benéficos. De ahí que la vida sea una brega incesante entre el hombre y "su" secreto, entre los hombres y los secretos de los otros. Y que, casi siempre, esa pugna termine con un rotundo "sí" y no con ese "no" tajante y permanente suscripto a todo lo largo de *Los enemigos del alma.*

No hay palabra que no afirme al hombre, ni rechazo que no lo enaltezca. Y esta palabra no debe estar apoyada en un despeñadero de la criatura, en una úlcera del espíritu. El hombre "es", no "deviene": el hombre es una entidad

categórica, no ambulatoria. Y quien posee un secreto hace mundo, está en él, pero no "es" mundo. Es decir que, al encontrarse dueño de su secreto —esto es, la temporalidad, el curso de su historicidad— se transforma en nada, en una vasta y desalentadora pregunta metafísica.

No. Romper la corteza del tiempo, hundirse en él, para descreer del mundo —pues eso y nada más sintetizan Mario, Débora, Cora, Luis Ortigosa, Consuelo, Sara Gradi—, es negar la justa corporeidad del hombre, los territorios de su armonía. Con *Los enemigos del alma,* Mallea desata en torno de nosotros la tormenta del tiempo pero no la contestación que el hombre necesita para seguir viviendo, aquella, justamente, que, de una manera tan pura y vital, circula en *La bahía de silencio.*

F. J. SOLERO

Correspondencia

CARTA A EDUARDO MALLEA

A CABO de releer su última novela, *Los enemigos del alma* [1], y siento la necesidad de escribirle estas líneas, tanto para comunicarle una impresión que pretende alcanzar la objetividad por el camino de lo subjetivo, como para aclarármela debidamente a mí mismo.

No pretendo, por supuesto, hacer aquí un juicio crítico de su novela en conjunto; tal es el cúmulo de sugestiones que surge incontenible en todas direcciones de la grandeza de su tema, que no me considero con fuerzas para ello. Pero, eso sí, no quiero pasar más adelante sin expresarle la profunda alegría que sentí al leer una obra tan valiente, con la valentía que es la única que cuenta en nuestro oficio para enfrentar temas de la trascendental importancia que ya deja entrever su categórico título. Más importante que dilucidar lo que pueda tener de característico cualquier agrupación humana, se me ocurre que es ahondar directamente en la humana condición, y ello le ha llevado a usted de golpe al plano comprometedor de lo teológico. Tan decorosa actitud merecería de por sí toda mi adhesión, aunque se tratara de una simple tentativa; imagínese, pues, cuál será mi regocijo al contemplarla como algo mucho más efecti-

1 Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

vo. Y lo curioso es que ello se ha conseguido sin desmedro de sus anteriores búsquedas, puesto que para alcanzar tales profundidades o alturas —ya que en esas zonas se identifica el arriba con el abajo— no ha olvidado su fundamental búsqueda de lo argentino. Su visión de lo bonaerense se ha enriquecido, ya que su Bahía Blanca natal aparece pintada con un trasluz penetrante, como de radiaciones de más poderosa vibración, que la hace tan semejante y tan distinta de lo habitual, y uno sospecha que así deben verse las cosas cuando recién desasida el alma de lo temporal comienza a contemplarlas desde lo eterno. Y ello no tiene en el fondo nada de raro, puesto que la indagación última de lo particular tiene que llevar al investigador, forzosamente, a dar con lo universal.

Quiero ceñirme tan sólo al tema de *Los enemigos del alma* considerados como tales y en su eficacia novelística. Me parece, desde luego, un gran acierto por su parte que el alma, como tal, sólo aparezca entrevista, apenas vislumbrada en la persona de Sara Gradi, personaje tangencial, que ni siquiera entra en contacto directo con los Guillén. Para mí hubiera bastado, incluso, verla aparecer como un relámpago en aquel inolvidable mirar del "muchacho callado y palidón, el estudiante Regueira" que condena, inapelablemente, no sólo el proceder sino el ser del mundano Mario. Porque el Alma tiene de por sí una calidad fugitiva, inasible, y naturalmente incorpórea. Lo espiritual, fin de la existencia y su justificación, es lo más excepcional y aleatorio dentro de esa misma existencia, y hubiera sido un error presentarla en equilibrada lucha con sus enemigos, porque en realidad esa pugna es unilateral: el alma no contiende con los que la atacan: su defensa es pasiva: se salva o perece de sus acechanzas, y eso es todo, como la blancura de la nieve puede permanecer intacta de pisadas o macularse, y tal vez recuperar de nuevo su candor por simple insistencia, sin que su pureza pueda decirse que se defiende salvo por el hecho de continuar siendo blanca.

De los tres enemigos del Alma, el que sin lugar a dudas ha sido mejor captado por usted es el Mundo, cosa que no me resulta nada extraordinaria, puesto que toda su labor anterior, a partir de *Historia de una Pasión Argentina,* no era otra cosa que la continuada denuncia de ese terrible engendrador de peligrosos espejismos que llamamos el Mundo, que usted en su particular lenguaje había designado como lo Visible. Lo visible, que se identifica con lo aparencial y que en la mayoría de las ocasiones es la falsificación de lo cierto. Su Mario, y en cierta medida su Ortigosa, que es tanto la contrafigura como la reiteración de Mario, resume en su entrañal vanidad todas las múltiples maneras del no ser de numerosos personajes de sus anteriores libros, y en nombre de todos ellos rinde culto

en el altar de las Apariencias. El Mundo ni siquiera se complace en lo sensual: le basta la simple apariencia de lo sensual: su ámbito es el de las representaciones fantasmagóricas, y por eso es tan fluctuante y tan dramáticamente propenso a desvanecerse.

Toda su vanidad, en el recto sentido de vacuidad interna, queda perfectamente expresada en su libro, y su evanescencia se comunica a los objetos que le rodean, de tal modo que la quinta abandonada, en la que su fracaso amoroso se produce, tiene tal calidad onírica que se llega a dudar si en verdad no ha sido soñada por el lector.

La Carne, más ceñida al alma, un grado más próxima de lo real, y por lo tanto con una insidia más difícil de vencer, le confieso que me parece lo más débil de su novela. Su Cora, cuya voluptuosidad felina está más sugerida que evidenciada, no actúa en un plano tan eficazmente logrado como el de su hermano. Un recato excesivo por parte del autor nos impide penetrar en la técnica de sus procedimientos con la fuerte eficacia con que lo hizo para el Mundo. A mí me defraudó muy especialmente en ese sentido, porque no comparte el criterio católico en modo alguno. Creo, sí, que la carne insubordinada en la lujuria, o torpemente desviada por una mala educación, llega a convertirse en uno de los peores enemigos del Alma. Pero creo también que eso es por culpa nuestra, y en modo alguno por una necesidad de su naturaleza. Aunque para ciertos oídos pueda esto sonar a blasfemia, creo que no hay más oposición entre la Carne y el Alma que entre la Hostia y su Custodia. La custodia, claro está, es metal y no participa del milagro de la Consagración, pero el simple hecho de entrar en contacto con lo consagrado la hace venerable para los creyentes. La unidad entre Carne y Alma es más estrecha, si cabe, y ni el más sutil de los teólogos, ni el más hábil de los anatomistas, sería capaz de mostrarnos los inciertos límites que las separan. Una de las dificultades que más envenena nuestras vidas me parece que reside en el insensato empeño de presentárnoslas como divorciadas. El goce carnal es de por sí inocente, y en su simplicidad animal está mucho más cerca de lo angélico de lo que los secos teólogos suponen. Sé muy bien que la Iglesia reserva una cierta tolerancia para las debilidades de la carne frente a una radical intransigencia para los intolerables pecados del espíritu. Me parece su actitud de una lógica a medias que también a medias comparto, en lo que se refiere a la execración de los pecados contra el espíritu, tales como la envidia, y, el peor de todos, la soberbia.

Pero me parece que la Carne necesita, más que tolerancia, comprensión. San Francisco, al predicar a los pájaros, o sea a lo animal en

lo que tiene de más puro, nos dió una magnífica lección al respecto. Y creo que el goce sexual bajo la égida del Amor es una de las formas más altas del Ser, que por su intensa plenitud nos aproxima a lo absoluto al rebasar los límites de lo individual. Un acto que nos permite la comunión con lo que nuestra especie tiene de permanente, mal puede ser considerado en sí como de naturaleza pecaminosa.

Pero, en fin, éstas ya son puras convicciones personales, y no soy lo suficientemente necio como para reprocharle a su Cora el no haber sido creada por mí; le reprocho que, en su evasiva languidez de odalisca, nunca se nos aparezca con una flagrante y eficaz perversidad teológica semejante a la de su hermano Mario.

Y ahora entro de lleno en el reparo que quería hacerle a su libro y que consiste en el enfoque del Demonio en la persona de su Débora. Para despejar equívocos, me parece conveniente comenzar por señalarle lo que considero acertado en el diseño de su figura simbólica. Primero, la elección del sexo. Por simple simetría, casi todos los autores, desde la creación de Luzbel hasta la de Mefistófeles, han preferido encarnar al Demonio en una figura masculina. El sexo de lo demoníaco es de dificilísima determinación, pues si su desesperada tendencia a la actividad sin descanso podría presentárnoslo como de naturaleza viril, su capacidad de seducción nos lo revela en cambio como femenino. Creo que la limitación humana no conviene para el Demonio, y su equívoco ser reclamaría más bien a un andrógino. Por eso la elección de una solterona con ánima de virago me parece todo un acierto, porque una de las características del mal es la esterilidad, lo que los místicos llaman la aridez espiritual. También me parece acertado el perpetuo reconcomio en que Débora se mortifica a sí misma, puesto que teológicamente lo que caracteriza a lo demoníaco es la perpetua insatisfacción de sí mismo: el demonio no odia a los demás, sino como resultado de lo que se odia a sí mismo. De un modo absoluto, el Demonio es novelísticamente tan irrepresentable como su contrario Dios. Pues si Dios es por definición el Ser que es, y en su plenitud no cabe el Accidente del que se nutre el interés del drama, el Demonio, como Ser que no se es, hace de toda su existencia un puro Accidente, una ininterrumpida tragedia de cada instante, abrumadora en la uniformidad de su desdicha que imposibilita la diferencia de tensiones dramáticas. Por eso, para hacer representable a los ojos humanos al Demonio, es imprescindible interponer ante el encandilable lector una apariencia humana, tal como los astrónomos intercalan en sus anteojos un lente ahumado cuando quieren observar el sol.

Así, pues, no le señalo como debilidad en su representación del Demonio por intermedio de Débora sus naturales limitaciones humanas, puesto que las juzgo imprescindibles. Me limito a indicar dos puntos concretos que, eso sí, considero esenciales. El primero consiste en que el estado de perpetuo encono va dirigido, no tanto contra sus hermanos, lo que sería perfectamente explicable dada la naturaleza demoníaca del personaje, sino contra el pecado que sus hermanos personifican, contra lo que ella juzga su *mal* proceder, y que es el mal proceder mirado con los ojos de la moral cristiana. Ese mal debió alegrarla, por el contrario, porque el único regocijo permitido al Demonio es el siniestro regocijo del mal ajeno y por el mal ajeno. Pienso en lo bien que resolvió usted el problema de las relaciones del Mundo con la Carne, en esa complicidad tan evidente en la vida cotidiana. Cada uno aparece como encubridor del otro en la consecución de sus propósitos que son la destrucción del espíritu. Débora, en cambio, enceguecida por el odio fraterno, parece olvidar el odio contra el Espíritu que ellos también atacan, e incluso ponerse del lado del Espíritu, olvidando que ella misma no es sino una hipóstasis del Mal. Debió solidarizarse con el mal proceder de los otros, solidaridad que no hubiese implicado Amor, sino complicidad, es decir, Odio. Incluso desde el punto de vista novelístico, esa actitud, que no tendría por qué habersele revelado al lector sino por grados, podría haber aumentado el interés al descubrir sucesivamente las etapas de una perversidad oculta bajo las apariencias del cariño. La escena, magistral como símbolo, de la destrucción por el fuego de la casa paterna, hubiese alcanzado todo su terrible sentido si Débora hubiese desencadenado el siniestro, no en vista de su fracaso, sino de su éxito en el cabal aniquilamiento de los suyos.

Exito que equivaldría al peor de los fracasos: el del Amor. Debo señalarle de paso, como uno de los mejores momentos de su novela, la escena en la estación de ómnibus, por el estado de desorientación de Débora antes de precipitar la catástrofe: en ese medio de semi-sonambulismo, acompañado de terrible evidencia, deben moverse los suicidas momentos antes de lo irreparable.

El segundo "pero" que me permito señalarle es más de índole metafísica que dramática. Débora conserva una unidad existencial en desacuerdo con su naturaleza demoníaca. Fíjese lo que dice en una de las escenas culminantes de la obra (pág. 273) cuando arrostra a Mario haber robado un objeto que constituía un recuerdo de familia. (¿No hay contradicción ya en esa actitud sentimental?) Dice textualmente: "Me pongo en lo que somos. Aquí nada se disimula. Ustedes ahora van, salen. Aparecen como lo que no son; pero yo me quedo aquí siendo lo que soy."

Esa identidad del Demonio para consigo mismo es lo que me atrevo a negar. Podría refutarme usted que semejante frase es el fruto de la Soberbia, el más demoníaco de los pecados capitales, pero me parece que no es ése el caso: por el contrario, en un máximo esfuerzo Débora está hablando con absoluta desnudez espiritual; incluso al declarar "quedo aquí siendo quien soy", no pretende dejar constancia de otra cosa que de su conciencia de la propia perversidad desprovista de hipocresía. ¿Cabe en el Demonio esa actitud? Creo que no. En él todo es sinuoso, indefinitivo, perverso, y Débora sólo es mala, pero con una maldad humana, demasiado humana, que no alcanza la superación del símbolo.

La discusión pormenorizada de estos puntos me llevaría demasiado lejos, y ya es demasiado extensa esta carta. Creo que ella le indicará con qué máximo interés he seguido su libro, lo que me ha hecho reflexionar y discutir, tanto con sus personajes como conmigo mismo, y eso, mi querido Mallea, es lo que más debe satisfacer a un escritor. A la epístola laudatoria que su libro tanto me habría facilitado, he preferido esta otra en la que trato de aclarar una discrepancia. Reciba un cordial abrazo de su viejo amigo y camarada.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

CONTESTACION A GONZALEZ LANUZA

SOLAMENTE esta mañana he leído su carta. La recibí el día en que empezaban mis vacaciones: practiqué entonces el máximo ejercicio de voluntad, obediencia y autosacrificio — no la leí. Sabía, por su anuncio, de lo que trataba; y sabía, por lo que usted es, que sería orgánica e inteligente. Cargado todo el año de trabajos reflexivos hasta el límite de lo soportable, había decidido tomarme unas vacaciones en lo posible sin sombra de preocupación mental. Me dije: "Si leo esta carta vuelvo a mi libro, del que ya estoy lejos; retorno a la noria; lleno mi descanso de motivaciones". La guardé.

Hoy, cuando aquellas tentativas de ocio ya han concluído, lo primero que hago es leerla. Como lo esperaba, en ella está usted entero: sagaz, brillante, vigilante. Aunque en el caso no necesite yo rastrear demasiado los orgumentos para replicarle. Están dados en la naturaleza misma de mi libro; en la concepción de sus figuras, en la relatividad forzosa de sus peripecias, en el sentido de su trayectoria.

Mi libro no está planteado en el plano de la teología sino en el plano de lo trágico individual. Pero como nada de lo humano vale la pena de ser pensado sin un asomo de su acepción de eternidad, le agradezco que dé usted a esa novela el crédito mayor al pensarla en los términos más altos posibles, o sea en los más trascendentes.

He concebido a estos personajes ante todo como seres humanos, lo que no impide, como digo, que pueda reflexionárseles en sus extensiones y también legítimamente en la teológica, tal como usted lo hace. Pero dejemos esto, insisto, bien sentado: yo no he querido trazar un esquema escatológico o teológico sino una tragedia humana, con su exceso de sombra y su monotonía de mal, pensando, a lo mejor, o a lo sumo, en la especie de novela ejemplar que entendía y explicaba Unamuno, "en puro querer ser o en puro querer no ser". Y como yo, en el orden de la novela, no creo más que en estas novelas ejemplares, porque no he leído un solo libro perdurable del género que no lo sea —ya el *Quijote,* ya *Moby Dick,* ya los *Karamazov*— no pensé más que en el poder fatal de esos tres personajes recortados sobre el fondo de la triste bahía y los reproduje como agónicos agonistas, sin querer hacerlos abstracciones finales, pues si fueran abstraciones finales no serían criaturas. ¿Le ha ocurrido a usted alguna vez entrar en una casa de familia, en medio de una batahola infernal de chiquilines, y oír a la madre poner el grito en el cielo, clamando "¡Estos niños son la piel de Judas!"? Pues bien, sería legítimo que cualquier novelista deseoso de narrar la condición de esos vándalos precoces escribiera un libro titulado *La piel de Judas,* sin que fuera a la vez legítimo que un crítico exigiera que la piel descrita allí fuera la misma y verdadera de Judas Iscariote, antes que su alusión por analogía o equivalencia. Del mismo modo, no he querido yo pintar el Mundo, el Demonio y la Carne, así, limitados a su esquema literal y nominativo, sino a un mundano, a una carnal y una demoníaca, o sea a *unos* enemigos del alma. Los enemigos del alma de mi novela no son Los Enemigos del Alma: son ésos, éstos, son Mario, Cora y Débora Guillén. Y al ser ellos y no su última representación teológica o simbólica, no podían ser simples y esenciales, sino, en efecto, complejos, substanciales y accidentales. He descrito seres substantivos y no seres teoréticos. Por eso no se le puede exigir —ni siquiera por un teólogo absoluto— que sean unívocos como esencias, sino compuestos como humanos.

Bien dice usted que Dios y el Demonio son novelescamente irrepresentables. O mejor dicho, son novelescamente representables en *statu spirituale,* como aparece el Demonio en los Karamazov. Además, querido González Lanuza, habrá usted pensado muchas veces —hasta por analogía con su ciencia, siendo usted mismo químico— que lo que caracteriza a la novela es la modificación de los caracteres por reacción. Un carácter *inexorablemente igual a sí mismo* —y así se proyecta el Demonio en su versión puramente teológica— no se concibe en efecto como

entidad novelable; y aun si se trajera el Diablo a la novela como ser corpóreo, habría que dejarle, como decía un político inglés, la "juiciosa administración de su bilis" y un uso no directo de sus vías, un uso variable y libre de su resentimiento original.

Empezaré por decirle que el odio de Débora contra los otros dos no es como usted cree, un odio "al mal proceder mirado con los ojos de la moral cristiana". Porque la tragedia de Mario y Cora Guillén no tiene nada que ver con el proceder, que es la conducta, sino que es una tragedia del ser como espíritu y conciencia, es una tragedia que se desarrolla en el campo del mal y no en el del mal proceder. No es una cuestión de convenciones, sino de destinos, de fatalidades ardiendo en su propia pira, y por eso la he concebido yo como tragedia y en muchos aspectos casi como teatro trágico.

Lo que Débora odia en sus hermanos no es el mal proceder, querido amigo, ni siquiera el mal, sino *la libertad de elegirlo.*

El espíritu demoníaco alcanza en esa latitud su máximo poder terreno, concreto, vital. Ya no tenemos que hacer ahí con el Demonio que usted teóricamente supone, sino con lo demoníaco verdadero y actuante o sea tangible, con la malignidad menos sujeta a redención, con la fuerza quizás más vitanda y perniciosa de nuestra época: el resentimiento. Débora está poseída de un fabuloso resentimiento, un resentimiento tan completo que *casi llega a constituir en ella ser.* Esto la determina en todo instante, en todo momento, la empuja, la impulsa, la exacerba, pone en acción los rodajes informes de su insuficiente intimidad, lanzada sin embargo a reclamar o ejercer ante Mario y Cora una suerte de apoteósica suficiencia. Y ahí está Débora en su suprema dimensión demoníaca: violenta; virulenta; clavada en su resentimiento como el insecto en la tabla.

Porque el espíritu demoníaco es por definición naturaleza servil, y en ese servilismo, en esa entronización en estado pasivo de la impotencia, radica esencialmente el resentimiento. Ahí están involucrados la "acusada conciencia de no poder", el "sentimiento específico de impotencia" de que hablaba Max Scheler. ¿Y no había acusado este mismo al incendiario como el tipo de malhechor más representativo del resentimiento?

Débora carece de ser seleccionante, de ser vital, de la posibilidad de asumirse superiormente como vida. Su región es abismal, infernal. Está extraviada; íntimamente nada puede tener porque no *se tiene.* Y al carecer de ser libre o liberable, su abominación se vuelve contra los que lo poseen y que aun viviendo en el mal están asistidos de *la posibilidad de salvarse.* Esto, fíjese usted, es lo que demoníacamente ella no puede tolerar. Y el no poder tolerar a los otros seres en su grandeza redimible, en su tiniebla y en su luz, en su libre albedrío, en su mal mezclado con su bien, en su hipóstasis humana en fin, es lo que caracteriza para mí lo demoníaco.

Aunque Débora hubiera ayudado a sus dos hermanos en los trabajos del mal no habría podido evitar, al ayudarlos así, el ayudarlos a consumarse en sus propensiones, el ayudarlos también a *ser*, con lo que esto comporta de riesgo pero con lo que implica también, en el acto y en la potencia, de goce y gozo.

Por lo cual, en este caso el Demonio, aun no siéndolo en efigie sino algo que lo evoca en un sujeto humano participante, se regocija —¡y hasta el orgasmo, hasta el odio!— con los actos de Cora y Mario, odiando a estos dos más que nada por el hecho de comportar vida (o sea libertad), siendo que como Demonio no puede encarnar más que lo que la niega. Pues como usted mismo casi lo sugiere —"el Demonio como ser que no se es"—, si la expresión demoníaco implica algo, supone la idea del no ser que no puede permitir el ser.

Importa dejar esto bien sentado: a través de su acepción humana, el estado de Demonio no es un sí-mismo. Sus atributos propios activos sólo cobran poder centrípeto y centrífugo del estado de discordia —no en balde se le llama en las Escrituras el envidioso, el adversario, el contradictor—. Su estado inherente es la oposición perversa, en la cual no puede dejar de estar, no solidarizándose nunca con sujeto alguno sino para obtener un fin, durante el lapso del cual y una vez logrado el cual no tiene cómo abandonar la posición —insita— de fatal discordia: estará siempre *en contra*.

Y precisamente la frase de Débora que usted cita: "Me pongo en lo que somos. Aquí nada se disimula. Ustedes ahora van, salen. Aparecen como lo que no son; pero yo me quedo aquí siendo lo que soy", está puesta ahí deliberadamente para significar que lo que a Débora la obsesiona es su intención de ser, su impotente ficción y desesperación. Por eso grita: "Yo me quedo aquí siendo lo que soy", cuando ella sabe que lo que le pasa es que no es y que sus hermanos son más que ella porque aun ese mal que tienen es ser, es vida, es una posibilidad de cambio, es lo que ella no tiene ni podrá tener nunca. Por eso pretende enrostrarles, a ellos, el no ser. Porque eso la quema. En esa frase y precisamente en ella está la agonía crítica de Débora.

Débora Guillén es Débora Guillén y por eso se llama así; si fuera el Demonio —en la actitud maligna simple que usted le asigna o en cualquier otra igualmente única y abstracta— se llamaría Demonio —liso y llano— y no Débora Guillén, la cual es, repito, en mi libro un personaje de este mundo *con atributos demoníacos*. Aun en su mal, Cora y Mario podían ser susceptibles de progreso —hasta el grado de la gracia. Y según mi ciencia y consciencia lo demoníaco es lo que no puede progresar. Por eso he querido que Débora fuera, en una proporción tremenda, un grado más que esa *tendencia* al no ser con que define el mal San Agustín. Debía ser más que tendencia: el no ser mismo. Lo maligno en su posición de rencor. Débora posee naturaleza corpórea, pero poseyéndola

se halla, por su condición infernal, sin escalas de progreso: *eternamente detenida.*

No olvide usted, pues, que Débora, por su cualidad carnal, no puede ser originalmente Demonio, nunca: siendo de este mundo carece de poder sobre tinieblas, no tiene malignidad en estado puro; el Demonio se regocija del mal *cuando puede manejarlo,* y Débora no tiene otro instrumento o forma de perversidad que su lacustre impotencia. Y además, esta razón que juzgo concluyente: en la vida el Demonio no puede *sino querer no ser Demonio.*

He aquí, mi querido González Lanuza, el sentido de mi personaje. Teológica y gramaticalmente, las acepciones y doctrinas del término Demonio son infinitas; pero yo he elegido una de acuerdo con mi idea de la trama que me obsesionaba. No debían mis personajes, por lo demás, exceder cierta mediocridad limitativa; aun en las vías del símbolo debían ser alcanzados de paso, terribles seres tristes en el plano civil de una bahía.

Encuentra usted poco expresiva la figura de Cora como manifestación de la Carne, pero también aquí, extendiendo la simplificación, pretende usted extremar los símbolos. A este personaje le vale, en su grado, la argumentación anterior. Me hubiera sido fácil —¡y qué recurso!— recluirlo en la invención de las escenas de lujuria que usted parece reclamar para dar al símbolo relieve; pero no he querido que el personaje me obedezca a mí, sino que se obedezca a sí mismo y surja con su proporción propia y espontánea en la simetría invulnerable del libro. Porque, querido amigo, en la novela las peripecias no obran por su enumeración, actúan por su sentido. Y el mal no se manifiesta en Cora Guillén por el expediente visible de un grupo de actos de depravación erótica, sino por algo más tremendo aún y más serio: por la repetición *helada y mineral* de un modo de matar el alma.

Y este asesinato del alma, como voluntad y como conducta, como destino y como ley, es lo que estos personajes ejemplifican, si algo muestran o llevan en sí encarnado, criaturas perseguidas por su propio no haber querido levantar los ojos del círculo lacustre. Bien ha visto usted que, en contraposición con ellos, el hilo del amor está conducido en el libro por las figuras más tenues, por las menos visibles, como si las rutas del sentido superior de la existencia no necesitaran, en efecto, de otro soporte que su propia línea, de otra fuerza que su propio latir íntimo, para vencer y sobrevivir sobre las corporizaciones de la muerte.

En cuanto al final que usted imagina perfecto, un incendio desencadenado por Débora "no en vista de su fracaso, sino de su éxito en el cabal aniquilamiento de los suyos" sería, convengámoslo, algo así como el frenesí sarcástico de un Demonio de "music hall' y no la consumación por el fuego de la aridez demoníaca del ser particular —o del no-ser particular— llamado Débora Guillén.

El desenlace no que yo elegí, sino que yo encontré, pertenece a otro proceso u otra lógica que los que usted tiene en vista. Sin contar con que a mí, que no soy teólogo, me asombra ver cómo usted, que aparece ahora siéndolo tanto, concibe el desiderátum de un final apoteósico en que el Demonio llega al pináculo de su obra por el goce —o éxito—, siendo que difícilmente se le concibe sino en la apoteosis de la rabia o cólera. Y sin contar con que la lógica de Débora no es la lógica del éxito sino la de la esterilidad.

Le doy las gracias por su carta. En un medio donde la crítica suele techar tan bajo lo que se produce, usted se caracterizó por techar siempre alto, por elevar el sentido de una obra a su interpretación o discusión más eminentes. La carta a que respondo lo demuestra una vez más. No creo que un espíritu pueda dar prueba más clara de su distinción.

Lo saluda cordialmente

EDUARDO MALLEA

Documentos

David Rousset y los Campos de Concentración Soviéticos[1]

ANTECEDENTES

David Rousset tiene 38 años. Ya era conocido como antifascista antes de la guerra. Durante la ocupación formó parte de dos organizaciones: la organización *Vel et Thermopyles* (Fuerzas Francesas Combatientes), y el Movimiento *Vengeance* (Resistencia interior francesa). Contribuyó a organizar en Brest dos grupos de soldados alemanes antihitleristas. Por ese motivo la Gestapo lo detuvo en París el 16 de octubre de 1943. Treinta soldados alemanes fueron fusilados y David Rousset deportado con otros cuatro camaradas franceses.

Preso primero en Fresnes, fué enviado al campo de Compiègnes el 18 de enero de 1944. Llegó a Buchenwald el 29 de enero de 1944. Salió de allí a principios de marzo para ingresar en un nuevo campo en Porta Westphalica.

1 Agradecemos muy vivamente a Octavio Paz y al mismo David Rousset la documentación que sometemos a los lectores de SUR. (N. de la R.)

A mediados de marzo lo enviaron al campo de Neuengamme, cerca de Hamburgo, y de allí, los primeros días de abril, a Elmstedt, donde trabajó durante un año en las minas de sal. En abril de 1945, cuando avanzaron las tropas aliadas, el campo de Elmstedt fué evacuado a Wöbbelin, cerca de Ludwigslut. Volvió a París el 19 de mayo de 1945, enfermo de tifus exantemático.

Publicó su primer libro: *El universo concentracionario* en 1946. Este libro obtuvo el premio Théophraste Renaudot en 1946. En 1947 publicó *Los días de nuestra muerte.* Los ex deportados han considerado clásicas estas dos obras. En 1948 publicó un opúsculo titulado *El payaso no ríe,* selección de los textos oficiales nazis. Por último, en 1949, en colaboración con Jean Paul Sartre y Gérard Rosenthal, una obra titulada *Conversaciones sobre política.*

Luego David Rousset se interesó activamente en el problema de los campos de trabajo correctivo en la URSS. Su experiencia de los campos nazis lo llevaba a considerar la existencia de campos de concentración con un criterio humano decisivo. Allí donde éstos existen, sean cuales fueren sus infraestructuras económicas o políticas, no existe ya porvenir para el hombre.

La publicación por el gobierno inglés del *Código de trabajo correctivo* en el curso del verano de 1949, lo convenció de la necesidad de plantear públicamente la cuestión de los campos rusos. Un documento oficial de extraordinaria importancia confirmaba los testimonios privados. Consideraba Rousset que los ex-deportados de los campos nazis no podían seguir guardando silencio, so pena de faltar a un deber esencial. Ellos saben lo que es un campo de concentración, lo que en realidad significa, y por lo tanto su responsabilidad es mayor.

El 12 de noviembre de 1949 David Rousset publicaba en el "Figaro Littéraire" el siguiente

LLAMAMIENTO A LOS EX-DEPORTADOS DE LOS CAMPOS NAZIS

"Desde hace cinco años se vienen produciendo, en número cada vez mayor, testimonios abrumadores sobre los campos de deportación soviéticos. La guerra, que abrió al mundo los campos nazis para aniquilarlos después, a roto de modo definitivo el silencio de los lejanos territorios de Rusia. Se necesitó que millares de extranjeros fueran deportados y que después los liberaran las necesidades militares, para que lentamente se alzara un extraordinario paisaje concentracionario.

Esta gran variedad de testimonios debería llamarnos la atención: documentos —tan parecidos a los nuestros— de polacos (unos burgueses conservadores, otros indiferentes a la política, o socialistas, o hasta comunistas); largos relatos de comunistas alemanes o de la Europa central, de judíos sencillamente judíos

o sionistas; informes de funcionarios de la NKVD que han huído, no siempre por razones honorables; de rusos que han escapado gracias a la aventura de la guerra o de la ocupación; de republicanos españoles; por último, los textos legislativos soviéticos mismos. No es posible imaginar un complot de semejante magnitud, ni que todas esas personas mientan y de manera tan pertinente, imitando tan bien ese tono que fué nuestro tono cuando regresamos a Francia. Su número y su insistencia, el carácter mismo de esa insistencia nos obligan a no recusarlos sin oírlos, sin examinar su legajo, sin exigir que sus pruebas se verifiquen.

Somos desconfiados. Hemos aprendido la desconfianza sistemática. Si el señor Vychinsky nos dice que se trata de campos "correccionales" en donde se reforma al hombre por el trabajo, pedimos que nos los muestren. No hace mucho Himmler ponía sobre nuestras cabezas ese cartel de Sachsenhausen: EL TRABAJO POR LA ALEGRIA. Y recuerdo a ese ruso ahorcado en nuestro dormitorio por haber faltado a su deber eludiendo "cobardemente" el trabajo. ¿Y quién de entre nosotros ha olvidado que estábamos internados para proteger al pueblo de nuestras fechorías, y para protegernos del justo resentimiento popular?

Debemos ser desconfiados. Sobre todo, respecto a las "autoridades" que llevan de la rienda al perro amaestrado para cazar al hombre, so pretexto de que ese hombre es malo. ¿Recordáis los perros? Hermosas bestias de pelo lustroso, de colmillos sólidos. En Neuengamme, del otro lado de las alambradas, los S. S. se divertían por la mañana en excitarlas. Nosotros mirábamos con envidia su pitanza. Por eso, cuando leo hoy que a veces se sirven de perros en las barracas, al alba, para que el deportado soviético acuda al llamado del trabajo, o que el animal come sus cuatrocientos gramos diarios de carne fresca, mientras el detenido mejor alimentado sólo recibe ochocientos noventa gramos por mes, lo acepto con beneficio de inventario, claro está, pero desconfío. Y cuando me dicen que el miserable centinela de uno de esos miserables comandos de vanguardia, cuya misión es construir las primeras barracas de un campo, para excitar a los hombres al trabajo los apostrofa diciéndoles: *Construid vuestra vida,* eso evoca en mí recuerdos singularmente precisos.

La ley soviética reconoce la deportación sin juicio

Acaba de publicarse recientemente en el extranjero el Código Soviético del trabajo "correctivo". El art. 129 recuerda que el 27 de octubre de 1934 *"las instituciones del trabajo correctivo han sido transferidas de la jurisdicción de los ministerios republicanos de justicia a la NKVD de la URSS."* ¿No es acaso mal signo que la más alta instancia policial de un régimen tome a su cargo la reedu-

cación de los ciudadanos? Tanto más cuanto que existe un artículo 8 que dice: *Se envían a trabajo correctivo a aquellos que han sido condenados: a) por sentencia pronunciada por un tribunal; b) por decreto de un organismo administrativo".* No hay paliativo posible: la ley reconoce y aprueba la deportación sin juicio. Cada parágrafo de ese código nos prohibe hacer los Poncio Pilato.

Los saltimbanquis cínicos tienden un lazo a las personas decentes y sencillas. Dicen: "¿Quién de nosotros se manifestaría contrario a ese deseo de justicia? Lo compartimos con vosotros. Pero entonces hagamos una encuesta seria. ¿Qué pensáis del problema negro en los Estados Unidos? ¿De la explotación de los obreros en las cárceles capitalistas? ¿Del régimen de las prisiones en Indonesia?" El desgraciado piensa entonces que la historia ha conocido siempre injusticias y que ese fardo es demasiado pesado para sus hombros. Pero es fácil replicar al saltimbanqui. En todos los países, desde luego, la desgracia social es de grados diferentes y pesa en grados diferentes sobre los individuos. Por no haber admitido ese *statu quo* de la historia, muchos de nosotros fuimos encerrados en campos de concentración. Pero sabemos también que para luchar con alguna probabilidad de eficacia contra la explotación del hombre debemos concentrar nuestros golpes contra el sistema que la vuelve más implacable, que lleva más lejos su alcance, que cierra más rigurosamente todo porvenir de liberación. No hablamos de la injusticia en general sino de esa injusticia que se llama concentracionaria. El infeliz que pretende desviar nuestras miradas confunde las acusaciones de millares de víctimas con la queja universal de los pueblos. ¿Qué habríais dicho vosotros, antiguos camaradas de los campos, si de igual manera se hubiese pretendido excusar el nazismo?

Recordáis sin duda el sordo malestar que despertaban los edificios de piedra del campo de Buchenwald. Habían sido construídos para durar. Lo establecían en el tiempo. El mismo sentimiento se apodera de nosotros cuando examinamos el legajo ruso. La inmensidad y la estabilidad de la institución nos dejan estupefactos incluso después de la lección alemana. Un detalle entre tantos otros: Los transportes. Encontraréis entre los testimonios de Rusia todos los tipos de transporte que hemos conocido, desde la plataforma donde nos conducían con los vientres helados y los pies helados, hasta el hedor de las bodegas de los barcos, el hedor de esas masas de hombres que revientan sobre sus excrementos. Pero hay otro rasgo nuevo: los rusos, según parece, tienen trenes especiales para los detenidos; antiguos vagones de viajeros transformados (vidrios esmerilados, tabiques suprimidos y reemplazados por rejas para que el guarda del pasillo pueda vigilar a los prisioneros) y para el transporte de 800 a 2.000 deportados, que dura varias semanas, vagones de carga *ad hoc* (una abertura en el piso, munida de un tubo de hierro como w. c., y dos o tres rangos de cuchetas) cuyas garitas están comu-

nicadas telefónicamente con el vagón del comandante; durante la noche, el convoy está aclarado por cohetes. Detalles inquietantes por la experiencia calculada que suponen, experiencia propia de las instituciones permanentes.

Institución imponente en el Estado y que hace de la policía una potencia social, un cuerpo agrupado, organizado, bien defendido, de propietarios de mano de obra. La Administración central de los campos, el GOULAG, con sus múltiples servicios, es uno de los grandes "trusts" económicos de la URSS. Los contratos que pasa la policía se calculan basándose en la mano de obra libre y, como el deportado cuesta mucho menos caro, la diferencia considerable es absorbida por la corporación policial. Una vez más, el concentracionario nutre a su guardián. La S. S. no había alcanzado esta eminente función social sino en las últimas etapas de su existencia.

Algunos, sin duda, promoverán inmediatamente la cuestión: "Pero, en fin, ¿de qué está compuesta esa mano de obra, esa materia prima humana?" Y sospechamos la segunda réplica: "Si son S. S., nazis camuflados, reaccionarios feroces o criminales de derecho común ¿por qué preocuparnos de su suerte?" La verdad es muy otra: *No podemos admitir el campo de concentración para nadie, ni para el criminal de derecho común ni para nosotros. Que me entiendan bien: no hablo del campo de internación sino del campo de concentración verdadero. Es mil veces preferible ejecutar a un S. S. que convertirlo a su vez en concentracionario. El mundo concentracionario se desarrolla como un cáncer en la sociedad: corrompe tanto al verdugo como a la víctima. Nunca podrá ser, sean cuales fueren las intenciones y las buenas voluntades, un accidente en la vía de la emancipación humana. Donde el campo de concentración aparece, el hombre, amo o esclavo, está indefectiblemente perdido. Comprobar su existencia es formular la más grave condenación posible de un régimen.*

Y si nosotros, por inverosímil que fuera, nosotros, que hemos vivido esa marea de desastres, no pudiéramos comprender —intuitivamente, diría— la catástrofe que esto prepara, recordemos nuestras miserias. Ahora somos hombres nuevamente. Podemos medir los acontecimientos, prever el futuro, calcular nuestras seguridades. Somos como dioses. Pero hemos sido esa multitud abandonada que nada puede hacer para defenderse, que sólo puede, entregada por completo a los perros, precipitarse en la pura demencia. Si creo lo que me dicen, hay una igual muchedumbre en los campos soviéticos. ¿Con qué derecho haríamos como el fariseo que separa al justo del malo? Acordémosle la antigua fraternidad de nuestras ruinas. ¿Qué no habríamos dado entonces para que una mano se tendiera hacia nosotros sin exigirnos la confesión previa de nuestros pecados?

Los criminales de derecho común dominan por el terror

El mundo concentracionario tiene sus leyes. En Rusia, como en Alemania, los criminales de derecho común son los instrumentos furiosos de la venganza de los amos. Dominan por el terror y la rapiña. Los relatos de los prisioneros que han logrado salir están jalonados por este miedo paralizador que les inspiran los criminales.

Otros están allí por "delitos contra el modo de vida". Se confunden con los condenados por mercado negro. Tanto encontramos entre ellos funcionarios que aprovecharon de la especulación como condenados sexuales. Suministran fuertes contingentes a la burocracia concentracionaria. También encontramos religiosos místicos (parientes próximos de los "testigos de Jehová") de quienes se burlan los demás detenidos. Se niegan a trabajar y, por lo tanto, están predestinados a una rápida muerte. Por último, el vasto grupo heteróclito de los detenidos políticos: campesinos, verdadera infantería de los campos, hostiles a la civilización; muchos judíos acusados de espionaje; polacos, chinos, coreanos, tomados en las fronteras; católicos o miembros de la Iglesia Ortodoxa Ucraniana; funcionarios condenados por delitos políticos, muchos de los cuales eran auténticos stalinianos; condenados por crímenes de guerra: colaboradores, ex-prisioneros de guerra o trabajadores forzados deportados en Alemania; gentes que provienen de países ocupados. El mundo concentracionario, en cualquier lugar del planeta en que se encuentre, es siempre Babel.

En ese tumulto se reproduce como una repetición alucinante el retrato del hombre concentracionario. Tiene hambre. Todas las enfermedades engendradas por la miseria fisiológica trabajan su cuerpo. Tiene miedo. Vive en las mismas barracas de madera que nosotros, o en carpas, o en casas de tierra que se hunden como cavernas. Su destino está encerrado entre las mismas alambradas, junto a los mismos miradores. Bajo la amenaza de los perros o los fusiles, trabaja hasta mucho más allá de lo que pueden sus músculos. Como nosotros, lleva harapos infames; como nosotros, no tiene los medios ni el tiempo de lavarse. También él se levanta al alba, y por la noche, cuando llega agotado de las canteras, hará cola, una cola interminable, en los alrededores de un hospital sin medicamentos. En medio de la noche, haga el tiempo que haga, lo despertarán a garrotazos para que ayude a descargar vagones. Estoy resumiendo literalmente cientos de informes, y existen miles.

Iguales jerarquías que en los campos nazis

Bajo la alta dirección de la policía secreta, los campos, como en Alemania, están administrados por detenidos. Así se transforman en una auténtica sociedad con sus clases y sus jerarquías. El comandante del campo debe ser un hombre libre y es el responsable de la "reeducación". La burocracia, compuesta de detenidos, parece numéricamente más importante que en Alemania y debe llenar tareas más complejas. No sólo hay en ella las mismas jerarquías que en los campos nazis (responsables de los edificios, de la cocina, del hospital, del trabajo, de los servicios administrativos, etc.) sino que se agregan a éstas muchas otras de carácter económico: hay planificadores, estadísticos, responsables de las normas de trabajo, etc. Un equipo de trabajo (lo que nosotros llamábamos un Komando y que ellos llaman una brigada), que comprende de veinticinco a cuarenta detenidos, no sólo tiene a la cabeza un brigadier (nuestro capo) sino un "diesiatnik", que calcula las normas de trabajo para el grupo en total y para cada uno de sus miembros. Por la noche, informará sobre el trabajo efectuado y establecerá los porcentajes que corresponden a cada individuo. Función extremadamente importante, porque el alimento distribuído dependerá de este informe. El "diesiatnik" es, por lo tanto, un poderoso personaje concentracionario. En los campos soviéticos, como pasaba en Alemania, están prohibidas las relaciones sexuales. El problema ni siquiera se plantea para el término medio de los detenidos subalimentados. Sin embargo, así como en Buchenwald, el aristócrata se define por privilegios de autoridad, alimento, alojamiento, etc. Y en los campos soviéticos tiene un privilegio más: "La esposa del campo". Las mujeres, en efecto, están mezcladas a los hombres. De acuerdo con la mayoría de los documentos, representarían un 10 % de la cifra total de los detenidos. Según parece, para vivir deben entregarse inmediatamente a la prostitución. Tan sólo el aristócrata poseedor de alimento y de poder puede disponer de una mujer. "La esposa del campo" se convierte, en cierto sentido, en el signo de la riqueza concentracionaria.

El mundo concentracionario soviético se extiende sin cesar

El plan de producción no sólo domina la vida de los campos, sino también su estructura. Éste parece el rasgo esencial del carácter concentracionario ruso, su alma misma. Los campos nos muestran en su límite inferior un grupo elemental de trabajo (al que se agregan a veces equipos volantes) que reúne de 600 a 800 detenidos y que llaman un "cuadrado". Corresponde aparentemente a nuestros

komandos exteriores. Varios "cuadrados" forman una "división" y varias "divisiones" una "región". Ya esto significa un orden de grandeza bastante elevado, pues la región abarca importantes aglomeraciones concentracionarias, verdaderas ciudades que "abrigan", cada una, algunos millares de deportados. Por último, el conjunto de varias "regiones" constituye un organismo administrativo superior designado "sistema de campos". Es una considerable unidad administrativa y, cosa más importante aún, una unidad económica exactamente definida.

Según parece, en el eje de esta estructura se desarrollan tres tipos de "Lager": campos de trabajo (son los más numerosos, las células proliferantes); algunos campos llamados "sanitarios" (muy pocos) donde se preocupan de poner nuevamente a la mano de obra en estado de producir (y cuyo clima de vida es sensiblemente mejor) y, a la cabeza de esas unidades administrativas, campos de repartición que desempeñan el doble papel de enormes reservas de forzados y de repartidores de esos forzados, en función, al mismo tiempo, de las exigencias del plan y de los índices de mortalidad. El papel de esas poderosas ciudades concentracionarias puede ser, bajo ciertos aspectos, comparable, pero en un grado mucho más elevado, a las relaciones que había entre ciudades como Buchenwald, Neuengamme o Sachsenhausen con sus comandos exteriores. *Kotlas,* por ejemplo, sobre el Dvina septentrional, une varios sistemas de campos entre el Dvina y el Ural; *Bukhta-Nakhodka,* cerca de Vladivostok, comanda los sistemas de campos repartidos entre el Amur, el Kolyma, el Kam-Chatka y Sakhalim, en la región de Yakutsk y la de Verkhiansk; mientras que *Magadan* reina en la muy rica cuenca del Kolyma.

De tal modo la poderosa burocracia de la institución se ha multiplicado inmensamente por el espacio que abarca y la grandeza de las tareas que cumple. La historia de la industria del oro en la cuenca del Kolyma, de su capital concentracionaria Magadan, de su aparato estatal de Dalstroy, es una de las epopeyas fantásticas de la deportación. Así, desde los pantanos alemanes de la frontera holandesa hasta las ciudades remotas "completamente aisladas" del Asia soviética, nuestro siglo parece haber descubierto una nueva grandeza del hombre.

E insisto: ese mundo concentracionario no es una piel de zapa; lejos de reducirse, se extiende sin cesar. Ayer, la URSS. sólo conocía campos de internamiento político; se ha necesitado la cruel guerra civil de la colectivización forzada para lanzarla en esta empresa alucinante. Pero ahora no hay un solo sector económico, incluyendo la investigación científica, en que el trabajo forzado no desempeñe un papel cada vez más importante. La red actual de los campos se extiende no sólo más allá del círculo polar, sobre los espacios siberianos, y del mar Blanco al Báltico, sino en los alrededores mismos de Leningrado, Moscú, Kuibichev y Baku. Por último, anuncios precursores se encienden con una intermitencia obsesionante en toda la explanada soviética.

Los campos soviéticos se extienden como el desarrollo natural de una sociedad nueva

Algunas personas decentes me interrumpen (son decentes, pero temen que la verdad sea cruel): "Hace usted una confusión ilícita —me dicen—. Acaba usted de admitir que los campos soviéticos están sometidos por completo a fines económicos. Los campos nazis, como usted mismo ha escrito, tenían por objetivo una lenta exterminación. En el fondo, no hay relación en Magadan y Buchenwald".

Les contestaré: Los campos nazis se presentan como un accidente de la historia. Expresan y prolongan los violentos desgarramientos de la Alemania entre las dos guerras. Su sadismo es la forma apocalíptica de la voluntad de ser de las clases medias humilladas y amenazadas de muerte social. Durante casi toda su existencia aparecen bajo las especies de un síndrome patológico. "Es necesario esperar los últimos años para ver cómo los campos se transforman y tienden a ser la expresión de nuevas relaciones sociales fundadas en un nuevo tipo de explotación del hombre. En Rusia esta evolución se ha realizado por completo. La clase que organiza los campos no está humillada ni amenazada de muerte. Por el contrario se halla en plena posesión de un poder considerable y firmemente resuelta a conquistar su porvenir. Los campos ya no se presentan como una excrecencia patológica, sino como la expresión de relaciones normales, como el desarrollo *natural* de una sociedad nueva.

"Pues bien, no pido que declaréis: "El universo de los campos de concentración existe en Rusia". Podríais, a pesar de todo, responderme: "Nuestras informaciones son insuficientes para pronunciar semejante sentencia". Tan sólo os pido que digáis: "Es necesario abrir el sumario". Os pido, no que exijáis una investigación, sino que la toméis en vuestras manos y la hagáis. Cuestiones tan decisivas interesan a todos los hombres libres, y todos los hombres libres deben responder a ellas".

CONSECUENCIAS DEL LLAMAMIENTO DE ROUSSET

La carta publicada en el "Figaro" tuvo gran resonancia. Violentas polémicas estallaron en los ambientes de la Resistencia y entre los deportados, así como en la prensa internacional. Durante varios meses la prensa francesa, la belga, la suiza, dedicaron al asunto un importante número de artículos (en los seis primeros meses más de 2000). Los ex-deportados comunistas se negaron a aceptar

la propuesta de una comisión de investigación internacional, y así se produjeron en Francia y en Alemania escisiones que aislaron a los comunistas en los ambientes de la resistencia y de los deportados, ambientes que ellos consideraban hasta entonces, de hecho, como monopolio propio. En Bélgica los comunistas permanecieron en la organización (la Confederación de ex-prisioneros políticos), pero quedaron en minoría y perdieron todos sus puestos directivos.

El primer resultado fué la creación de la Comisión francesa, que publicó su estatuto. Casi en seguida se formó la Comisión de Repùblicanos Españoles que habían vivido en los campos nazis; luego la Comisión Belga, la Holandesa y por último la Alemana.

En julio de 1950, después de numerosas discusiones, seis países habían respondido al llamado de David Rousset: Alemania, Bélgica, España, Holanda y Noruega. En cada uno de estos países la gran mayoría de ex-prisioneros políticos había apoyado la iniciativa.

Las comisiones investigadoras nacionales no son una reunión de personalidades que, por irreprochables que fueran, sólo se representarían a sí mismas, sino la emanación directa, por vía electiva, de las organizaciones de ex-prisioneros políticos, reconocidas, ya de hecho, ya de derecho, por sus gobiernos respectivos; además, agrupan todas las tendencias políticas con la sola excepción de los miembros del partido comunista que no figuran por haberse negado a ello.

Por ejemplo: integran la comisión francesa hombres como Martin-Chauffier, conocido escritor de la resistencia; Michellet, ex-ministro, miembro del movimiento de gaullista. Entre estos dos extremos están representados todos los restantes matices de la política francesa. Igualmente, en la comisión investigadora belga colaboran socialistas y católicos. Esta diversidad política es ya una garantía de la objetividad de las comisiones. En fin, sólo las integran personas que han estado en los campos nazis y que son, pues, expertas en materia de campos de concentración.

En julio de 1950 se realizó en La Haya una primera conferencia internacional de los países citados, la cual decidió, de manera definitiva, crear la comisión internacional contra el régimen de campos de concentración.

Los días 20, 21 y 22 de octubre de 1950, se reunió en Bruselas una nueva conferencia que redactó el manifiesto de la comisión internacional y determinó la estructura orgánica de dicha comisión.

Por último, los días 12 y 13 de noviembre de 1950 una nueva conferencia logró redactar un doble pedido dirigido al Consejo Económico y Social cuyo objeto era: primero solicitar que la cuestión del trabajo forzado en los campos de concentración se planteara en la próxima sesión de la ONU; y segundo, que la comisión internacional fuera reconocida como organización no gubernamental agregada al Consejo. La conferencia redactó también un pedido oficial de inves-

tigación dirigido a los gobiernos español, griego, ruso y yugoeslavo. Esa carta oficial fué entregada por el secretario internacional, Padre Damien Reumont, a las embajadas interesadas. Su texto se publicará cuando hayan transcurrido los plazos protocolares. Por último, la comisión ha designado comisiones de instrucción, cuyo objeto es reunir todas las piezas y recoger todos los testimonios útiles para las investigaciones.

La conferencia adoptó la decisión de que si el Gobierno Soviético rechazaba su pedido o no respondía, se reuniría en Bruselas en el mes de enero para examinar la cuestión de los campos de trabajo correctivo, en sesiones abiertas a la opinión pública.

La conferencia internacional así constituída representa una innovación jurídica. Por un lado es comisión investigadora; por otro se considera una verdadera corte de justicia. No es una organización estatal o para-estatal: es una corte de justicia privada; no obstante su carácter privado, la comisión internacional tiene la particularidad de ser una emanación de las organizaciones acreditadas de la resistencia europea. Si la Comisión internacional es reconocida como organización no gubernamental acreditada ante el Consejo Económico y Social, constituirá una verdadera institución de tipo nuevo, cuya tarea es el examen permanente de los crímenes contra la humanidad que se cometen o que podrían cometerse. Las circunstancias internacionales pueden dar, pues, a esta instancia nueva, una extremada importancia.

EL PROCESO DAVID ROUSSET VERSUS "LETTRES FRANÇAISES"

Pocos días después de publicarse la carta abierta de David Rousset, Pierre Daix, ex-deportado de Mauthausen, miembro del partido comunista francés, escribía en el semanario comunista francés "Lettres Françaises" un artículo muy violento contra Rousset. Lo acusaba, entre otras cosas, de fraude, por haber afirmado que se podía enviar a campo de trabajo correctivo por decisión administrativa, y de añadir a éste otros fraudes, pues los documentos a los cuales se refería no eran sino copias de documentos escritos en los campos nazis. El artículo contenía muchos otros insultos difamatorios contra Rousset. Sin embargo, Rousset y sus asesores, los abogados Gérard Rosenthal y Théo Bernard, se limitaron en la demanda judicial a las dos acusaciones de fraude, dejando de lado las injurias y las digresiones políticas. El asunto así definido ganaba en precisión: ya no se trataba de Pierre Daix o de David Rousset, sino del carácter de la legislación penal soviética y de la naturaleza de los campos de trabajo correctivo.

La ley francesa, que antes de 1944 condenaba indistintamente al difamador cuando quedaba establecida la voluntad de daño, desde 1944 concede al acusado la posibilidad de probar que ha dicho la verdad. Si demuestra que ha dicho la verdad, no puede ser condenado por difamación. Desde 1945, en todos los procesos de difamación de prensa, los acusados han aceptado siempre presentar la prueba de la verdad. Los mismos comunistas lo aceptaron en el proceso Kravchenko y en el de la Internacional de los traidores. Por primera vez renunciaron a esta ventaja en el proceso David Rousset versus "Lettres Françaises". Este acontecimiento, de grandísima importancia, significaba, que temían, ante todo, que el asunto se ventilara públicamente.

En julio los asesores de David Rousset obtuvieron del Tribunal doce audiencias, desde el 25 de noviembre al 8 de enero.

La importancia de este proceso reside en que insiste esencialmente en la existencia de los campos de concentración. Son hechos muy precisos que pueden verificarse en los documentos jurídicos soviéticos, confrontados por testimonios. Estos hechos tienden a establecer la naturaleza y el régimen de los campos de trabajo correctivo. Los testigos más calificados por su autoridad moral y por las pruebas que han soportado, hombres y mujeres que han padecido deportación, autores de memorias y de estudios muy serios, vienen de todos los continentes a contribuir con sus testimonios. Grande es la importancia moral de este asunto frente a la opinión pública.

Y es uno de los más grandes problemas humanos de nuestra época. En ese plano mantuvieron el proceso David Rousset y sus asesores. No se trata aquí de opinión pública, de preferencia ideológica o social. La segunda guerra mundial ha demostrado, con la experiencia vivida de cierto número de hombres, que allí donde existen campos de concentración, ya no existe porvenir para el hombre. Adquiere, pues, una importancia primordial establecer esos hechos ante la opinión pública. Ello es lo que confiere tanto al proceso como a los trabajos de la Comisión investigadora, y por el hecho mismo de que el uno y la otra son iniciados por ex-deportados, una importancia universal.

DOCUMENTOS PRESENTADOS EN EL JUICIO

F 45646

C O P I A
TRADUCCIONES OFICIALES
LEON BILIS
Perito Traductor Público
Rue Laffitte 24

Nº 122.343

EXTRACTO DE UNA FOTOCOPIA; TRADUCCION DEL RUSO

EXTRACTO DE LA COMPILACION DE LEYES Y ORDENANZAS

del Gobierno de Obreros y Campesinos de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas

Editado por la Dirección de Asuntos del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la URSS.

Marzo 7 de 1935 **Nº 11** **Primera sección**

Pág. 139

Decisión del Comité Ejecutivo Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Art. 84 — Sobre la Conferencia Especial ante el Comisario del Pueblo de Asuntos nteriores de la URSS.

Desarrollando el artículo 8 de la Ordenanza del Comité Ejecutivo de la URSS del 10 de julio de 1934 sobre la creación de un Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores de la Unión Soviética (Compilación de las Leyes de la URSS 1934, Nº 36, art. 283), el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS deciden:

1º — Acordar al Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS el derecho de aplicar a los individuos reconocidos como socialmente peligrosos:

a) la deportación hasta por cinco años, bajo un régimen de vigilancia, en los lugares cuya lista establece el Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS;

b) interdicción de residencia por un plazo de hasta cinco años, bajo un régimen de vigilancia, con interdicción de residir en las capitales, en las grandes ciudades o en los centros industriales de la URSS;

c) encarcelamiento en los campos de trabajo correctivo por un plazo de hasta cinco años:

d) expulsión fuera de las fronteras de la URSS de los sujetos extranjeros reconocidos como socialmente peligrosos.

2º — Con el objeto de aplicar las medidas indicadas en el art. 1º, queda instituida una Conferencia Especial ante el Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores y bajo su presidencia, compuesta de:

a) los adjuntos del Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS;

b) el delegado del Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS por la RSFSR;

c) el Comandante de la Dirección Central de la Milicia de Obreros y Campesinos;

d) el Comisario del Pueblo de Asuntos Interiores de la República de la Unión, en cuyo territorio ha ocurrido el asunto en litigio.

3º — En las reuniones de la Conferencia Especial participa obligatoriamente el Procurador de la URSS o bien su adjunto, quien en caso de desacuerdo, ya con la decisión adoptada por la Conferencia Especial, ya con el hecho de que el asunto en litigio ha sido sometido al examen de la Conferencia Especial, dispone del derecho de protesta ante el Presidium del Comité Ejecutivo Federal.

En estos casos, las decisiones de la Conferencia Especial quedan suspendidas hasta la decisión adoptada a este respecto por el Presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS.

4º — Adoptadas las decisiones por la Conferencia Especial sobre deportación o encarcelamiento en un campo de trabajo correctivo de toda persona determinada, debe mencionarse el motivo de la aplicación de dichas medidas, y la región y duración de la deportación o el encarcelamiento en un campo.

5º — La Conferencia Especial tiene derecho:

a) de reducir el tiempo de deportación o la estadía en un campo de trabajo correctivo, según la conducta de los deportados o detenidos en dichos campos, y basándose en las apreciaciones de los órganos correspondientes del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS;

b) de liberar a los detenidos de las colonias especiales de trabajo.

Presidente del Comité Ejecutivo Central de la URSS.
M. Kalinín.

Vicepresidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la URSS.
Rudzutak.

Secretario del Comité Ejecutivo Central de la URSS.
A. Enukidzo.

Moscú, Kremlin, 5-XI-1934.

El infrascrito, Perito Traductor ante el Tribunal Civil del Sena, certifica como fiel y fidedigna la traducción precedente del original en idioma ruso, inscrita en mi repertorio bajo el Nº 122.343, "ne varietur".

París, diciembre 19 de 1950.

Firmado: BILIS

F 45718

C O P I A

TRADUCCIONES OFICIALES

LEON BILIS

Perito Traductor Público

Rue Laffitte 24, París.

EXTRACTO DE UNA FOTOCOPIA; TRADUCCION DEL RUSO

GRAN ENCICLOPEDIA SOVIETICA

Redactor en Jefe: **O. U. Schmidt.**

Reemplazantes del Redactor en Jefe: **F. N. Petroff, F. A. Rotschtein, P. C. Zaslavsky.**

VOLUMEN CUARENTA Y UNO

Nagan — Arte neerlandés.

. . . . . .

Instituto de Estado **"Enciclopedia Soviética"**

Moscú **OGIS RSFSR** **1939**

Gran Enciclopedia

P. 201

P. 202

Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores

(NKVD)

. . . . . .

2) El NKVD de las Repúblicas de la Unión que tiene a su cargo la Administración política unificada (ver OGPU) ha sido constituído por disposición del Comité Ejecutivo Central de la URSS del 10-VII-1934.

Las tareas del NKVD son: a) asegurar el orden revolucionario y la seguridad de Estado; b) defender la propiedad pública (socialista); c) registrar las actas de Estado Civil (registro de nacimientos, decesos, matrimonios y divorcios); c) defender las fronteras (Compilación de las leyes de la URSS, 1934, Nº 36, art. 283).

En el seno del NKVD de la URSS se han constituído las siguientes Direcciones centrales: seguridad de Estado, milicia de obreros y campesinos, guardia de fronteras y guardia interior, servicio de incendios, campos de trabajo correctivo y colonias de trabajo, cartografía, Puentes y Calzadas.

Ante el NKVD de la URSS se ha organizado la Conferencia Especial (Ossoboye Sovechtchanye) compuesta por el Comisario del Pueblo del NKVD, sus reemplazantes y el Procurador de la URSS. Se ha atribuido a esta Conferencia el derecho de aplicar en el orden administrativo interdicción de residencia (Vyssilka), deportación y encarcelamiento en un campo de trabajo correccional hasta por cinco años.

El infrascrito, Perito Traductor, ante el Tribunal Civil del Sena, certifica como fiel y fidedigna la traducción precedente del original en idioma ruso, inscripta en mi repertorio bajo el Nº 122.344, "ne varietur".

París, diciembre 19 de 1950.

Firmado: BILIS

Visto por nos. BONDIN, juez, para la legalización de la firma del señor Bilis.

Diciembre 20 de 1950.

COMPILACION CRONOLOGICA DE LEYES Y DECRETOS DEL PRESIDIUM DEL SOVIET SUPREMO Y ORDENANZAS DEL GOBIERNO DE LA R.F.S.S.R. AL 1º DE MARZO DE 1940

VOL. 9 O.G.I.Z. (UNIÓN DE EDITORIALES DEL ESTADO)
GOSPOLITIZDAT (EDITORIAL POLÍTICA DEL ESTADO, 1941)

Código del trabajo correctivo de la R.F.S.S.R.

(Confirmado por decreto de la V.T.I.K. y S.N.K. de la R.F.S.S R. del 1º de agosto de 1933).

PRINCIPIOS BÁSICOS.

1. — El fin de la política penal del proletariado durante el período de transición del capitalismo al socialismo es la defensa de la dictadura del proletariado y de la construcción del Socialismo por este último, contra las usurpaciones de los elementos hostiles a la clase (obrera) y las infracciones, no sólo de los elementos desplazados, **sino también de los elementos inestables entre los trabajadores.**

. . . . . .

SECCIÓN I

Trabajo correctivo sin supresión de la libertad

8. Se aplica el trabajo correctivo a aquellos que han sido condenados por:

a) Sentencia pronunciada por un tribunal.

b) Decreto de un organismo administrativo.

SECCIÓN XI

Privación de la libertad

CAPÍTULO 1. — Lugares de privación de libertad.

28. — Los lugares de residencia, en los casos de privación de libertad, son:

a) Las celdas de reclusión para personas cuyo caso está en curso de indagación.

b) Los puntos de deportación.

c) Las colonias de trabajo correctivo, las colonias industriales, las colonias agrícolas de trabajo en masa, las colonias penitenciarias.

d) Las instituciones para la aplicación de medidas de carácter médico a las personas privadas de libertad (institutos de examen psiquiátrico; colonias para personas enfermas de tuberculosis u otros males).

e) Las instituciones para los menores privados de libertad (escuelas industriales y comerciales de tipo industrial o agrícola).

. . . . . .

CAPÍTULO II. **Recepción y manutención de las personas privadas de libertad.**

44. — Las personas siguientes pueden ser enviadas a los lugares de privación de libertad indicados en el artículo 28 del presente código:

a) Personas condenadas por un período no mayor de tres años.

b) Personas cuyos casos se están indagando o se hallen sometidas a proceso, por disposición de los organismos competentes.

c) Personas condenadas por períodos mayores de 3 años si, según la sentencia del tribunal, deben purgar su pena de privación de libertad en instituciones de trabajo correccional del **Comisariado del Pueblo en la Justicia** (véase art. 129).

45. — **Para ser recibido en un lugar con privación de la libertad, es obligatorio haber sido objeto de sentencia o de una orden dada por organismos legalmente competentes para pronunciarla, o de una orden de arresto.**

. . . . . .

CAPÍTULO. IX — **Seguridad interior de los lugares de detención**

86. — En las fábricas, colonias agrícolas y de trabajo en masa, la seguridad, el cumplimiento de la disciplina y el orden, la escolta de los detenidos en el lugar de trabajo y su guardia durante el trabajo, pueden ser confiados a un "comando de vigilancia" elegido entre los mismos detenidos (seguridad interior).

En las celdas de reclusión para personas cuyo caso se está indagando, en los puntos de deportación y en las colonias penitenciarias, la organización de los "comandos de vigilancia" de los detenidos sólo es autorizada por permiso del Directorio en Jefe de las Instituciones de Trabajo Correctivo.

87. — Constituirán el comando de vigilancia los detenidos más seguros —los trabajadores— **las personas condenadas en primera instancia por delitos comunes.**

Por orden del jefe del lugar de detención, el comando de vigilancia puede estar armado.

A la cabeza del comando de vigilancia hay un guardián en jefe, elegido entre el personal de los guardianes o detenidos.

. . . . . .

SECCIÓN VI

Administración de las Instituciones de trabajo correctivo.

189. — La dirección general y la administración de las instituciones de trabajo correctivo pertenecen al Comisariado del Pueblo en la Justicia (por ordenanza del Comité Ejecutivo Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, del 27 de octubre de 1934, pues las instituciones de trabajo correctivo han sido transferidas de la jurisdicción de los Ministerios Republicanos de Justicia a la N.K.V.D. de la URSS).

. . . . . .

Trabajos e Investigaciones del Instituto de Derecho Comparado de la Universidad de París

LOS GRANDES SISTEMAS PENITENCIARIOS ACTUALES

Exposición sistemática del régimen aplicado en los diferentes países, publicada bajo la dirección de

LOUIS HUGENEY
Profesor de la Facultad de Derecho de París

H. DONNEDIEU DE VABRES
Profesor de la Facultad de Derecho de París

y

MARC ANGEL
Consejero de la Corte de Apelación de París.

Obra publicada con el concurso del Centro Nacional de Investigación Científica

LIBRERÍA DEL RECUEIL SIREY (SOCIEDAD ANÓNIMA)
París., 1950.

. . . . . .

EL SISTEMA PENITENCIARIO DE LA U.R.S.S.

Por Michel Fridioff (Doctor en Derecho)

(Entracto de págs. 420, 422, 424, 425 y 429)

En resumen, la posición del Código soviético es defensiva, antiexpiatoria, firmemente preventiva y reeducadora. La prueba de la finalidad perseguida se encuentra en

el tiempo máximo poco elevado durante el cual pueden adoptarse penalidades, generalmente de 10 años.

Sin embargo, es preciso señalar que en estos últimos años el máximo se ha llevado a 20 años cuando se trata de delitos contra el Estado, que el acusado a quien se cree culpable de delitos contra-revolucionarios no está protegido y que ese Código, por avanzado que sea en cuanto a la doctrina que le da fundamento científico, obedece finalmente a un principio esencial: la defensa de clase, a la cual está consagrado de lleno el arbitrio judicial.

Pero conviene hacer, en última instancia, una distinción capital entre la ordenación jurídica de los tribunales bolcheviques y las actividades administrativo-penales de la G.P.U. (Administración Política del Estado) que por lo demás hace poco se ha incorporado al Comisariado del Interior.

La lucha contra lo que el Estado soviético considera pernicioso para su desenvolvimiento, se realiza sólo en parte por obra de los tribunales. Las mencionadas actividades revolucionarias son juzgadas en parte por la policía política y en parte tan sólo por los "tribunales de justicia", únicos que juzgan con ayuda del Código penal y de procedimiento penal. Hemos dicho que en lugar de un Código penitenciario, la URSS posee un "Código de reeducación por el trabajo". (Pág. 420).

A. — Trabajos correctivos sin privación de libertad.

Esta pena reemplaza a la detención por corto plazo en caso de que el aislamiento del condenado no se imponga. Esos trabajos pueden ser ordenados ya por los tribunales, ya por las autoridades administrativas. Se dividen en: a) trabajos ejecutados en los lugares de trabajo habitual del condenado; b) trabajos organizados especialmente para los condenados koljozianos en las koljozas; c) trabajos ejecutados fuera de los lugares de trabajo habitual; d) exilio con trabajos correctivos. (Pág. 422).

B. — Trabajos correctivos con privación de libertad.

Esta pena que puede ser infligida por el tribunal, así como por las autoridades administrativas, reviste dos formas:

a) Los condenados a detención por un plazo de uno a tres años son enviados a los centros comunes de detención, es decir, a las colonias de trabajo correctivo.

b) Los condenados a detención por un plazo mayor de tres años son enviados a los campos de trabajo correctivo, que se encuentran por lo general en localidades distantes de la Unión Soviética; esos campos están destinados sobre todo a los condenados políticos que constituyen los enemigos de la clase obrera.

Mientras el trabajo correccional en los campos reviste una única forma, la del trabajo no calificado[1], el trabajo correccional en las colonias se divide en: 1) trabajo en las colonias de fábricas y usinas; 2) trabajo en las colonias de trabajos no calificados; 3) trabajo en las colonias agrícolas; 4) trabajo en las colonias de represión (pág. 424 y 425).

1 Los prisioneros de esos campos construyen canales, forrocarriles, etc.

La disciplina en los establecimientos penitenciarios está dirigida por el jefe del establecimiento, que **dispone de una guardia especial armada en la cual llegan a encontrarse prisioneros condenados por delitos de servicio y delitos de la vida cotidiana.** Esos destacamentos armados aseguran sobre todo la guardia exterior. **En el interior del establecimiento, frecuentemente son los prisioneros mismos los que desempeñan papel de guardianes.** Ya hemos indicado que con este objeto los prisioneros organizan los comités de guardia a los cuales incumbe la obligación de mantener el orden y la disciplina interior del establecimiento (pág. 428).

INCIDENTES DEL PROCESO

Ante la acusación de difamación, los defensores de "Lettres Françaises" opusieron un incidente de recusación basándose en que el proceso de David Rousset implicaba el de la Rusia soviética y alegando en favor de esta tesis que, según es de jurisprudencia, los tribunales franceses son incompetentes para juzgar las instituciones de los Estados extranjeros. Este incidente parece increíble si se piensa que el proceso Rousset versus "Lettres Françaises" *sólo tendía a establecer, como en definitiva se estableció, que su iniciador no había falseado, tal como aquella revista le imputaba, los textos relativos a la encarcelación en los campos de trabajo correctivo por simple decisión administrativa. El Tribunal del Sena, por lo tanto, decidió continuar los debates y oír a los testigos de ambas partes.*

DECLARACIONES DE ALGUNOS TESTIGOS

Julius Margoline (*autor de obras sobre Puschkin, sobre la* Conciencia intencional *y sobre* La idea del Sionismo, *residía en Palestina antes de la guerra. Su destino quiso que se encontrara de viaje en Polonia, en 1939, en momentos de la ocupación rusa. Entonces fué arrestado y sufrió seis años de campo de concentración*): ...Quisiera recordar un segundo punto: para encontrarse en un campo de trabajo soviético no es necesario cometer un crimen, no es necesario ser condenado por una razón cualquiera por un tribunal, no: basta pertenecer a una de esas clases que las autoridades soviéticas designan como socialmente peligrosas, y todos los que pertenecen a esas clases son privados de los derechos de hombre y de ciudadano de la Rusia soviética.

Sería un error fundamental creer que los millones de detenidos soviéticos se componen de criminales de derecho común y criminales políticos. Según he comprobado, y he vivido en ocho campos y tres prisiones soviéticas, la mayoría de los detenidos está compuesta, no por personas de esa índole, sino por personas que no han cometido jamás un crimen, y a quienes el sólo reproche que se les podía hacer era pertenecer a grupos o a clases que el régimen soviético sospecha y descalifica como elementos políticos... La cuestión es saber si esos campos tienen un carácter correccional y reeducativo. Y yo debo decir que, aun cuando una parte de los gobernantes soviéticos tuviera la intención de corregir y reeducar a los detenidos, esas intenciones pertenecen a aquellas de que —como dice el proverbio— está empedrado el infierno.

Alexandre Weisberg (*Eminente físico alemán, uno de los fundadores y redactores del* Diario de Física de la U.R.S.S. *Como el físico Houtermanns, su colega de infortunio, es uno de los hombres de ciencia más eminentes de los tiempos actuales y su nombre figura al lado del de un Einstein o de un Niels Bohr, quienes, por lo demás, se interesaron en todo momento por su suerte. Durante su arresto, Weisberg estaba invitado por Einstein para dar un curso en la Universidad de Pasadena. Durante ese mismo arresto, Irène Joliot-Curie, Jean Perrin y Frédéric Joliot-Curie dirigieron al Procurador General de la U.R.S.S. una carta pidiendo la liberación de Weisberg, en la que hacían notar especialmente que tanto éste como su colega Houtermanns eran amigos sinceros de la U.R.S.S. Una copia de la carta fué enviada al propio Stalin por intermedio de la Embajada de la U.R.S.S. en París*): ...Durante los tres años de mi detención he entrado en comunicación con millares y millares de detenidos, pero ninguno de nosotros supo jamás qué es lo que se le reprochaba exactamente y por qué estaba encarcelado. No lo sabíamos, y las gentes de la G.P.U. que nos habían encarcelado no lo sabían tampoco. Esa gente de la G.P.U. fué arrestada en seguida, a su vez... Yo los he visto, a esos millones de acusados; no he visto a uno solo verdaderamente responsable de los crímenes de que se le acusaba. Eran doblemente inocentes: en primer lugar, no habían desde luego pensado jamás ni en espionaje, ni en sabotaje; segundo, no eran ni siquiera enemigos del régimen soviético; al contrario, eran las gentes que habían contribuído a crearlo, a fundarlo.

Jerzy Gliksman (*abogado, doctor en derecho egresado de la Universidad de París. Fué consejero municipal en Varsovia*): ...Yo mismo fuí condenado solamente por decreto administrativo, basado en la instrucción dirigida por la policía. La gente, en la Rusia soviética, no duda de que eso es lo normal para millones.

Georges Ostroverkhov (*En el momento de ser arrestado era administrador del teatro de Akhabad, en Asia Central*): Señor Presidente y señores jueces: debo decir que he vivido 51 años y que no he comparecido jamás delante de un tribunal. No obstante, sin haber comparecido nunca ante un tribunal, he pasado cinco años en los campos de concentración soviéticos y tres en una prisión alemana... Fuí encarcelado en la prisión de Akhabad en Asia central, a 7.000 kilómetros de Moscú, y sin embargo la sentencia dictada contra mí por la comisión especial del NKD fué pronunciada en Moscú. Era apenas un pequeño trozo de papel donde estaba escrito: "Hemos escuchado y hemos pronunciado la sentencia siguiente". ...Estaba escrito: "Hemos escuchado el caso tal y cual... y hemos decidido enviar a Fulano a trabajos forzados por cinco años por actividad contrarrevolucionaria". Ese texto decía: "Hemos escuchado a Fulano y hemos decidido..." y yo pensaba "si me hubieran escuchado, no hubieran dictado esa sentencia..."

Franz Polak (*Abogado checo. Miembro de la Legión checa que ha luchado contra los nazis*): Fuí interrogado de una manera muy breve en Moscú. Sin condena, sin juicio de ninguna índole, fuí enviado a un campo de concentración por cinco años... Las condiciones de vida en los campos de concentración soviéticos son monstruosamente inhumanas... No son en modo alguno campos de reeducación.

General El Campesino (*Uno de los tres generales comunistas que, con Lister y Modesto, comandaron las brigadas internacionales republicanas españolas. Le cupo defender a Madrid con Miaja y rompió el cerco franquista de Teruel. Fué El Campesino quien tomó Lérida*): ...Mi caso no es un caso personal. Quiero hablar de centenares y centenares de casos. Aquí, en Francia, hay un tribunal. Yo sé dónde se encuentra, conozco los jueces, sé que puedo defenderme ante ese tribunal y ante esos jueces. Allá basta un pedazo de papel para condenar administrativamente a millares y millares de personas que ignoran hasta la existencia de las leyes, de los jueces y de los tribunales.

UN DIALOGO

Citemos un diálogo habido en la octava audiencia (22-XII-950) entre la diputada comunista Marie-Claude Vaillant Couturier, uno de los testigos de "Lettres Françaises", y David Rousset.

DAVID ROUSSET. – Quisiera preguntar a la testigo si estando convencida por los hechos, los hechos que ella misma hubiera observado, de que existe en cualquier parte de la Unión Soviética un campo de concentración como aquél en que ella ha vivido en Alemania, lo condenaría...

SRA. VAILLANT-COUTURIER. – ...la cuestión no puede plantearse porque yo sé que no existen campos de concentración... (*risas en la sala*) en la Unión Soviética, y porque considero su sistema penitenciario, puesto que es a ello a lo que puede usted hacer alusión, como indiscutiblemente el más deseable del mundo entero. (*Risas en la sala.*) Creo que Rusia es el único país donde los condenados, sean quienes fueren, condenados de derecho común o condenados políticos, reciben un salario igual al que recibirían si estuvieran libres, pueden comprar lo que comprarían fuera del campo, salvo bebidas alcohólicas, lo que es evidentemente desagradable para los aficionados a la bebida, y pueden pagarse con su salario un cuarto propio, si lo desean así; que tienen el deseo y la posibilidad de leer, escribir, ver películas, oír y ejecutar música... Considero, por lo tanto, que la cuestión no puede plantearse.

DAVID ROUSSET. – Quisiera preguntar a la testigo si ha leído, por lo menos, cierto número de obras escritas por aquellos que, en todo caso, han vuelto de esos campos, sean éstos como fueren.

SRA. VAILLANT-COUTURIER. – ¿Qué tiene que ver eso con la cuestión?... ¿Saber si he leído la prosa de usted?

DAVID ROUSSET. – No le hablo de mí. Yo no he vuelto de los campos soviéticos. Le hablo de una mujer como Elinor Lipper, cuya apariencia es tan frágil como la de usted, y que ha escrito un libro sobre sus once años pasados en Kolyma.

SRA. VAILLANT-COUTURIER. – Sí, pero...

DAVID ROUSSET. – Le pregunto si lo ha leído

SRA. VAILLANT-COUTURIER. – Eso no le concierne.

DAVID ROUSSET. – Ultima pregunta a la testigo. No comprendo cómo esta testigo, que ha vivido lo que ha vivido, puede hoy, con tanto encarnizamiento y con tantas razones que son evidentemente falsas, oponerse a que se plantee el asunto de los campos de concentración. ¿Está usted de acuerdo, señora, sí o no, en que nosotros, como ex-deportados, sólo tenemos una fidelidad? No tenemos una

fidelidad hacia un Estado, no tenemos una fidelidad hacia un sistema de leyes, pero tenemos una fidelidad hacia los hombres y hacia los sufrimientos que han vivido. ¿No es acaso nuestro deber de ex-deportados, hacia y contra todos, incluso contra el Estado que fuera el más querido a nuestros ojos, tomar esta acusación entre manos y averiguar si es fundada o no?

Sra. Vaillant-Couturier. – Justamente, porque pienso que nosotros, ex-deportados, tenemos el deber de defender la vida, he venido a este tribunal, porque considero que la campaña que usted está realizando es una campaña de excitación a la guerra.

David Rousset. – No tengo más preguntas que formular, señor Presidente.

RESUMEN DE LA SENTENCIA

TRIBUNAL CORRECCIONAL DEL SENA (12 DE ENERO DE 1950)

Considerando que resulta de los documentos del proceso y de los debates que el artículo incriminado de "Lettres Françaises" acusa a David Rousset de haber intentado establecer una confusión "falseando los textos" y de "haber acumulado a esta primera falsedad relatos que son vulgares transposiciones de lo que ha ocurrido en los campos nazis";

Que los prevenidos no han ofrecido aportar la prueba contradictoria de su verdad frente a la de David Rousset y que, por lo tanto, sus afirmaciones son difamatorias;

Considerando que "Lettres Françaises" ha querido dañar a David Rousset, cuya personalidad puede servir a una causa a la cual son hostiles en la medida en que es utilizada contra un país extranjero, afirmando reiteradamente que David Rousset es un "falsario", siendo así que, por el sistema de defensa en el cual se han colocado motu proprio, han excluído un debate contradictorio sobre la verdad de los hechos difamatorios;

El Tribunal

Declara a Claude Lecomte, llamado Claude Morgan, confeso y culpable de difamación pública, y a Pierre Daix de complicidad de difamación pú-

blica, delitos previstos por los arts. 32 y 43 de la ley del 29 de julio de 1881.

En reparación y por aplicación de los artículos precedentes;

Condena a Claude Lecomte, llamado Claude Morgan, a 20.000 francos de multa y a Pierre Daix a 15.000 francos de multa;

Estatuyendo sobre las conclusiones de la parte civil;

Condena a Claude Lecomte, llamado Claude Morgan, y a Pierre Daix a pagar a David Rousset, conjunta y solidariamente, la suma de 100.000 francos a título de daños y perjuicios;

Ordena la inserción de la presente sentencia en el número semanal de "Lettres Françaises" de la semana que seguirá a la de su pronunciamiento, bajo apercibimiento de 10.000 francos por semana de retardo, así como en diez periódicos a elección del requirente, no pudiendo pasar cada una de las diez inserciones de un costo de 10.000 francos;

Condena a los prevenidos a las costas, quedando establecido, en lo que concierne a los testigos de la parte civil, que sólo pueden ser considerados como testigos, cuyos gastos incumben a los prevenidos, aquellos que han sido efectivamente oídos por el Tribunal;

Declara a la sociedad de responsabilidad limitada "Lettres Françaises" civilmente responsable.

NOTA FINAL

Tanto los juristas soviéticos como la legislación proclaman que el derecho penal soviético está "fundado en la corrección por el trabajo productivo y socialmente útil". Esta concepción se substituye a las nociones de "pena" y "castigo". El trabajo socialmente útil no puede confundirse con el trabajo artesanal que priva en algunos centros penitenciarios de otros países. El "trabajo correctivo" constituye una de las fuerzas productivas de la URSS.

La legislación soviética prevé el "trabajo correctivo" sin privación de libertad, generalmente por períodos no mayores de seis meses, combinado o no con el exilio a regiones apartadas; y el "trabajo correctivo" con privación de libertad,

hasta por cinco años, en colonias agrícolas e industriales, campos de trabajo en masa y colonias penitenciarias. Se puede ser condenado a "trabajos correctivos", con o sin privación de libertad, por sentencia judicial o por decisión del Comisariado de Asuntos Interiores (antigua NKVD), organismo encargado de la administración y de la gerencia económica de los campos. Los condenados pueden ser prestados por la NKVD a los diferentes consorcios y empresas estatales necesitadas de mano de obra. En general los detenidos desempeñan labores de obreros no calificados: construcción de canales, puentes, vías de comunicación, etc. En los campos de vigilancia interior puede confiarse a los detenidos socialmente menos peligrosos, esto es, a los delincuentes de orden común. Así, los condenados ocupan el sitio más bajo de la sociedad soviética, ya que su situación económica y jurídica es inferior a la de los obreros no calificados. Es imposible conocer su número exacto, pero la importancia de las labores que se les encomienda da derecho a pensar que constituyen una categoría social numerosa. Algunos autores afirman que hay entre seis y ocho millones de condenados; otros aseguran que hay más de veinte. Es imposible verificar esas cifras. De todos modos, puede afirmarse que la masa de los condenados no está compuesta por elementos pertenecientes a las antiguas clases (ya desaparecidas), ni a la oposición política. El pueblo soviético — obreros y campesinos — nutre los campos de trabajo.

Tanto el capítulo dedicado al sistema penitenciario soviético en la obra *Les Grands Systèmes penitentiaires actuels* (Paris, 1950), como el Código de Trabajo Correctivo (que no debe confundirse con el Código Penal), indican que los condenados pueden gozar de vacaciones anuales, del 75 % de su salario (el resto se les entrega a la extinción de la condena), de premios y menciones honoríficas, etc. Las penas corporales están prohibidas. Los locales y dormitorios deben ser amplios, secos y bien ventilados. Las actividades culturales y la educación política son objeto del Capítulo IV del Código. No deja de sorprender el contraste que existe entre estas disposiciones y los terribles relatos de todos aquellos que han escapado de esos "centros de regeneración". En la imposibilidad de verificar esos relatos o de comprobar hasta qué punto se aplican las disposiciones del Código, parece lícita la siguiente reflexión: el nivel de vida de los condenados debe ser inferior al de los grupos menos favorecidos del llamado sector libre del pueblo soviético. Y puede sospecharse hasta qué punto son explotados los condenados y a qué extremos debe llegar su miseria si se recuerdan los sacrificios que se ha impuesto e impone al pueblo la marcha de la revolución industrial. Los campos de trabajo forzado son la otra cara del stajanovismo (que, como es sabido, consiste en elevar gradualmente las normas de trabajo sin aumentar los salarios). El trabajo

correctivo y el stajanovismo son las espuelas de la industrialización. Pero esas espuelas se clavan en la carne de los trabajadores soviéticos. La URSS vive bajo un régimen no sin analogías con el descrito por Marx en el "período de acumulación primitiva del capital".

La descripción anterior permite vislumbrar el verdadero carácter del derecho penitenciario soviético en la fase actual del Estado burocrático. Si es cierto que, como todo derecho penal, especialmente en momentos de conflicto interior o exterior, es un instrumento de terror al servicio del Estado, también lo es que constituye uno de los aspectos de la economía planificada. Los campos son algo más que una aberración moral, algo más que el fruto de una dura necesidad política: son una función económica. Al transformar el sentido de la pena, el condenado se convierte en útil, es decir, en un instrumento de trabajo en manos del Estado. Así se ha creado una nueva categoría social, desconocida en la historia aunque no sin cierto parentesco con la antigua esclavitud. En suma: el trabajo correctivo no es sólo expresión de la política del régimen; también lo es de su estructura social. Y, por lo tanto, de su naturaleza histórica: los condenados constituyen una de las bases de la pirámide burocrática. El problema de los campos soviéticos plantea el de la verdadera significación histórica del Estado ruso y de su incapacidad para resolver en favor de las clases productoras las contradicciones sociales del capitalismo.

Los stalinistas afirman que Rousset cometió un fraude al omitir que el artículo 8 del Código de Trabajo Correccional se refiere al "trabajo correctivo sin privación de libertad". El argumento es puramente formal: los otros textos oficiales soviéticos muestran que en la URSS existen campos de trabajos forzados (llamados de "reeducación por el trabajo"), a los que una persona puede ser enviada por sentencia judicial o por decisión de la NKVD. Por otra parte, la pena de "trabajos correctivos sin privación de libertad", por sentencia o acuerdo administrativo no es sino una manera de legalizar la explotación por parte del Estado. ¿Se aceptaría que los patrones de una fábrica o los administradores de una finca condenen a sus empleados a "trabajos correctivos" sin privación de libertad? ¿O que lo haga la policía del lugar? La institución del "trabajo correctivo sin privación de libertad" descubre nuevos matices jerárquicos en la sociedad soviética: en la base se encuentran los detenidos en campos; en seguida, los condenados a trabajos sin privación de libertad; después, los obreros y campesinos "libres" (con las restricciones que todo el mundo conoce, privada la clase obrera de sus derechos más elementales de defensa: la libertad sindical y el derecho de huelga). Sobre esta masa viven los obreros especializados, los técnicos, las milicias. Arriba, la burocracia, la policía, la oficia-

lidad y los generales, el Partido, sus intelectuales y sus dignatarios. La URSS es una sociedad jerárquica. Lo cual no implica que sea inmóvil, aunque como todas las sociedades aristocráticas tienda a la petrificación. Las purgas, los cambios de "línea", la necesidad de nuevos hombres y talentos para dirigir o vigilar los proyectos gigantescos del régimen (industrialización de Siberia, apertura de canales, mantenimiento del ejército terrestre más numeroso del mundo, etc.), exigen sangre fresca. La URSS es joven y su aristocracia todavía no ha tenido el tiempo histórico necesario para consolidar su poder. De allí su ferocidad. Esta circunstancia, tanto como las necesidades de la guerra y de la industrialización a todo vapor, explican los campos de trabajos forzados, las purgas, las deportaciones en masa y el stajanovismo. Es inexacto, por lo tanto, decir que la experiencia soviética condena al socialismo. La planificación de la economía y la expropiación de capitalistas y latifundistas no engendran automáticamente el socialismo, pero tampoco producen inexorablemente los campos de trabajos forzados, la esclavitud y la deificación en vida del Jefe. Los crímenes del régimen burocrático son suyos y bien suyos, no del socialismo.

OCTAVIO PAZ



ÍNDICE

"The Mint", por *Victoria Ocampo* 1

Ocho capítulos de "The Mint", por *T. E. Lawrence* 4

La inocencia de Layamon, por *Jorge Luis Borges* 18

Paseo. Los ojos del pródigo, por *Sebastián Salazar Bondy* 22

Reflexiones sobre la novela (fin), por *Luis de Elizalde* 23

BIBLIOTECA NACIONAL ★ BUENOS AIRES ★

NOTAS

Libros

Guido Piovene: "Piedad contra piedad", por *S. S. B.* 35

Eduardo Mallea: "Los enemigos del alma", por *F. J. Solero* 36

Correspondencia

Carta a Eduardo Mallea, por *Eduardo González Lanuza* 38

Contestación a González Lanuza, por *Eduardo Mallea* 43

Dcoumentos

David Rousset y los Campos de Concentración Soviéticos 48

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegro o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

Este número ciento noventa y siete de "SUR" terminóse de imprimir el día catorce de abril de mil novecientos cincuenta y uno, en Macagno, Landa y Cía., Aráoz 162, Buenos Aires, Argentina. Además de la tirada corriente que forma la presente edición se han impreso cien ejemplares en papel especial, numerados del 1 al 100 para los amigos de "SUR"